

PHOHIBIDO VOLAR

Infancia y conflictos armados



ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7 ▪

RAMÓN JIMÉNEZ 18 ▪ MIGUEL BERROCAL 20 ▪ EDUARDO URDANGARAY 22 ▪ AGUSTÍN CATALÁN 24 ▪ ILYA U. TOPPER 26 ▪ FRANCISCA AGUIRRE 28 ▪ CORINNE DUFKA/REUTERS 34 ▪ CORINNE DUFKA/REUTERS 36 ▪ CORINNE DUFKA/REUTERS 38 ▪ AGUSTÍN CATALÁN 40 ▪ JOSÉ LUIS CUESTA 42 ▪ J. M. CABALLERO BONALD 48 ▪ EDUARDO URDANGARAY 50 ▪ ALEJANDRO CARRA 52 ▪ CHEMA BARROSO 54 ▪ JOSÉ LUIS CUESTA 56 ▪ ALEJANDRO CARRA 58 ▪ JAVIER CORCUERA 60 ▪ ÁNGELES ESPINOSA 66 ▪ GERVASIO SÁNCHEZ 68 ▪ GERVASIO SÁNCHEZ 70 ▪ JOSÉ LUIS CUESTA 72 ▪ CORINNE DUFKA/REUTERS 74 ▪ MANUEL CHARLÓN 76 ▪ ÁNGEL GONZÁLEZ 78 ▪ RAMÓN LOBO 84 ▪ ÁNGEL COLINA 86 ▪ MIGUEL BERROCAL 88 ▪ MIGUEL BERROCAL 90 ▪ RAFAEL MARCHANTE 92 ▪ JOSÉ LUIS CUESTA 94 ▪ ÁNGEL PETISME 96 ▪ ROSA REGÀS 102 ▪ CORINNE DUFKA/REUTERS 104 ▪ ÁNGEL COLINA 106 ▪ CORINNE DUFKA/REUTERS 108 ▪ ALEJANDRO CARRA 110 ▪ MARIANO AGUDO 112 ▪ MARIANO AGUDO 114 ▪ FRAN SEVILLA 116 ▪ JUAN JOSÉ TÉLLEZ 122 ▪ CORINNE DUFKA/REUTERS 124 ▪ JOSÉ LUIS CUESTA 126 ▪ JORGE ZAPATA 128 ▪ KIM MANRESA 130 ▪ KIM MANRESA 132

ENEMIGOS MENORES DE EDAD

Las fotografías conmueven: Niños de doce, trece, quince años que montan fusiles, que jalean a los soldados del bando propio o que son encañonados por los del contrario, niños que sobreviven entre escombros o agonizan en los campos de refugiados. Casi siempre son fotografías de niños negros o nativos de algún país que en los mapas se identifica como islámico. Un mundo lejano.

Desde luego, este mundo es lejano para nosotros sólo en el tiempo: hasta mediados del siglo, las culturas europeas han utilizado a los niños y niñas como carne de cañón exactamente igual que El Salvador, Perú o Irán en los años 80 y Colombia, Ruanda o Angola en los 90. España fue una asombrosa excepción cultural en el contexto europeo: aquí el término *Niños de la guerra* se refiere a los pequeños que fueron evacuados a Rusia para evitarles el sufrimiento de las balas, los bombardeos y el hambre. Pocos años más tarde, en Alemania, los adolescentes formaban la última línea de defensa de una guerra perdida. Fueron diezmados de forma tan brutal que los que tuvieron quince años en el 45 se conocen hoy como *generación en blanco*: la curva de edad de la población dibuja aquí un hueco.

Alemania no fue una excepción. En 1919, una inglesa, Eglantyne Jebb, se enfrentó a la opinión pública de su país porque había enviado paquetes de ayuda a los niños alemanes durante la Primera Guerra Mundial. "No tengo enemigos menores de once años" declaró ante el juez que la acusaba de ayudar a un país hostil. Fue absuelta. Así nació Save the Children.

Menores de once no, pero menores de dieciseis sí... o eso parece: la Convención de Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño instaura los 15 años como edad mínima para combatir, cuando todas las demás disposiciones consideran niño a toda persona menor de 18 años. Es decir que un chico de 15 años no puede trabajar en una mina de carbón ni puede, por supuesto, conducir, pero sí puede matar. Costó años de tenaz trabajo alcanzar un consenso sobre un Protocolo Opcional que hoy prohíbe, por lo menos, reclutar a alguien por la fuerza antes de cumplir los 18 años, cosa legal hasta el año 2000. El país que durante más tiempo bloqueó este acuerdo no fue Liberia o Somalia sino Estados Unidos. Tampoco Inglaterra parece haber cambiado demasiado de opinión desde los tiempos de Eglantyne Jebb. El ejército británico sigue realizando campañas para alistar como cadetes a chicos de 16 y 17 años. Con éxito: el 40 por ciento de todos los miembros de las fuerzas armadas actuales ha vestido el uniforme a esta edad. La militarización de la infancia forma parte de nuestro pasado: es nuestra propia imagen la que vemos reflejada en los rostros de los niños armados de Angola o Uganda. Incluso una organización tan comprometida con los valores de la paz y la solidaridad como son los Boy Scout tiene un origen militar: fue fundada a inicios

del siglo XX por el general británico Baden-Powell que emuló así la organización de niños espía a la que había formado en la guerra de Sudáfrica para suplir la escasez de soldados.

Pero el espejo que nuestra civilización encuentra en los niños y niñas de África y Asia no es sólo histórico. Hoy, nuestros enemigos siguen teniendo menos de 18 años. Y menos de 15. La muerte por anemia y otras enfermedades de centenares de miles de niños irakíes a causa del embargo no parecía enturbiar la política de Estados Unidos. Los bombardeos de zonas residenciales y hospitales en Bagdad, tampoco. Israel encarcela junto a adultos a niños palestinos de 12, 13 y 14 años, a menudo por delitos tales como lanzar una piedra contra un tanque. Son dos ejemplos de naciones que se arrojan cierta superioridad moral frente a los países en los que la utilización de menores como carne de cañón ya parece formar parte de la cultura. Cuando en realidad no importan el color de la piel, el idioma, la religión, la ideología: la espiral de la guerra es igual en todas partes y siempre acaba aplastando a los más débiles.

Es hora de retomar la valiente postura de Eglantyne Jebb y recordar que ningún niño, ninguna niña, puede ser enemigo. La recuperación psicológica de los ex niños y niñas soldados es una de las grandes asignaturas pendientes que dejan tras de sí las guerras desde El Salvador hasta Liberia y desde Congo hasta Birmania. Una asignatura demasiadas veces suspendida que obliga a repetir curso a toda la humanidad. Porque las guerras parecen estallar por odios locales y a menudo aparentemente milenarios, pero son alimentadas casi siempre por los intereses geoestratégicos de una u otra potencia, o por el comercio de minerales o de diamantes. Pero nuestra responsabilidad va más lejos. Porque incluso los fusiles, las balas, las granadas y los tanques llevan con frecuencia el sello *Made in Europe*. No somos inocentes. Quizás sea hora de pedir un fondo de garantías a las fábricas de armas: toda operación de un niño quemado por el impacto de una bomba de racimo, toda prótesis necesaria por el estallido de una mina, debería ser sufragada, como coste colateral, por quienes producen las herramientas con las que se cometen estas atrocidades. Sólo entonces nos daríamos cuenta de que la guerra es cara, muchísimo más cara que la paz.

Ilya U. Topper
Comisario de la Exposición

CATÁLOGO

Mariano Agudo. Sevilla, 1970. Camarógrafo profesional, es cofundador de la productora sevillana *Intermedia Producciones* especializada en películas documentales. A principios de los 90 ejerció como freelance y actualmente trabaja como retratista y realiza reportajes fotográficos para organizaciones humanitarias y colectivos sociales. Ha realizado varias exposiciones con las fotografías tomadas durante el rodaje de documentales en el Sáhara, Kenia, el Kurdistán turco, Perú e Irak, los dos últimos dirigidos por el cineasta Javier Corcuera y producidos por Elías Querejeta.

Chema Barroso. Barcelona, 1962. Comenzó su carrera profesional hace 15 años como freelance. Después pasó a formar parte del equipo gráfico de *Diario 16* y, posteriormente, del dominical *Blanco y Negro*. Actualmente trabaja en *ABC*. Ha recibido el Premio Mingote 1996 y el segundo premio Ejército 1993. Tiene dos libros publicados (*Las gentes del fútbol*, 1996 y *Homenaje a Goya*, 1997) y ha cubierto el conflicto de los Balcanes en los años 90.

Miguel Berrocal. Madrid, 1964. Redactor gráfico del diario *ABC* desde hace dos décadas. Ha sido galardonado con el Premio Mingote de 1990 y el Premio Ejército 1993. Tras haber trabajado en la información deportiva y la edición gráfica del suplemento deportivo *Campeón* -ha cubierto todos los mundiales de fútbol desde 1990- desempeña ahora tareas de edición gráfica para todo el diario *ABC*. Entre sus reportajes internacionales destacan los conflictos de Bosnia y Ruanda.

Alejandro Carra. Madrid, 1968. Licenciado en Periodismo, comenzó su trayectoria profesional como freelance, y desde 1996 trabaja para el diario *ABC*. Como enviado especial ha cubierto los conflictos de Albania, Kosovo, Afganistán e Irak, además de realizar reportajes en Venezuela, Colombia, Irán y el Sáhara Occidental. En 2001 ejerció como jefe de Informativos de *Punt Radio* y desde 2003 es redactor del departamento de Opinión del grupo Vocento que edita *ABC*. Desde 2002 es profesor asociado de fotoperiodismo y periodismo radiofónico en la Universidad Carlos III de Madrid.

Agustín Catalán. Zaragoza, 1968. Comenzó su carrera en *El Alerta de Cantabria* en 1987 y en 1988 se trasladó a Madrid. Ha colaborado con el diario sueco *Expressen*, *Geo*, *Time*, *Newsweek*, *Interviú*, *Cosmopolitan*... desde la agencia *Cover*, de la que formó parte del staff de fotógrafos de 1993 a 1996. En 1998 fundó, junta a otros dos fotógrafos, los talleres de formación Zahara-Foto en Cádiz, en los que trabaja como profesor. En 2000 realizó en Brasil un libro sobre la música popular y la Bossa Nova. Es autor de dos proyectos de retratos con cámaras de gran formato: *Senectud* y *De camino, retratos*; recorriendo más de 25.000 kms por caminos de la Península. Desde 1996 trabaja en la delegación madrileña de *El Periódico de Catalunya*, compaginándolo con la fotografía subacuática.

Ángel Colina. Santander, 1952. Comenzó como freelance en París y, tras incorporarse como colaborador fijo a *Diario 16*, pasó a la revista *Panorama*, donde trabajó como editor gráfico y jefe de fotografía para regresar a continuación a la fotografía independiente. En la actualidad es director de fotografía de *Cosmomedia Grupo de Comunicación*. Obtuvo el Premio Ortega y Gasset de

periodismo gráfico (1988). Ha sido premiado dos veces en el certamen Foto Press (1988 y 1990) y fue seleccionado para la exposición World Press Photo (Sevilla 1992).

José Luis Cuesta. Madrid, 1959. Fotógrafo profesional desde 1988, ha trabajado para las revistas *Tribuna*, *Tiempo* e *Interviú* y las agencias *Omega* y *Cover*. Ejerce como freelance y colabora con varias agencias de distribución internacional. Sus imágenes se publican en la mayoría de los medios españoles (*El País*, *El Mundo*, *ABC*, *Geo...*) y en algunos de los medios internacionales más importantes de Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, Argentina, México, entre otros. Actualmente centra su actividad en los países del mundo árabe y Latinoamérica, aunque nunca se olvida de África: ha recorrido desde Marruecos a Sudán y todo Oriente Medio, cubriendo diversos conflictos y realizando todo tipo de reportajes. Ha recibido el Premio Internacional de Prensa de Irak 1999 por su trabajo.

Manuel Charlón. Cantabria, 1963. En 1980 empezó a colaborar con dos diarios cántabros y poco más tarde con la agencia *Cover*. Tras trabajar en *El Globo*, la *Gaceta de los Negocios*, y el diario *El Sol*, se especializa en fotografía de viajes, colaborando con una amplia gama de revistas. Entre 1994 y 1999 imparte cursos de fotografía en la Universidad de Cantabria. Ha realizado reportajes con diversas ONGs en El Salvador, Burkina Faso, Ruanda, Ecuador... Ha recibido el Premio de fotografía turística del Gobierno de Cantabria (1998) y el Premio Insero (1991), entre otros galardones. Entre sus exposiciones destacan *África te mira* (1996), *África vive* (1998) y *Yana-Curi, Oro Negro* (2001).

Corinne Dufka. Estados Unidos, 1957. Comenzó a hacer fotos en El Salvador en 1986, donde trabajaba con una organización humanitaria, para documentar abusos de los derechos humanos. En 1989 se convirtió en la representante de la agencia Reuters para Centroamérica. De 1992 a 1994 trabajó para Reuters en Bosnia y en 1994 se trasladó a Nairobi (Kenia) desde donde cubrió los conflictos de Ruanda, Burundi, Zaire, Somalia, Sudán, Liberia y Sierra Leona. En 1999 interrumpió su trabajo de reportera de guerra y empezó a trabajar como investigadora de derechos humanos en África Occidental para la organización internacional Human Rights Watch. En 2002 fue asesora del Tribunal Especial de Naciones Unidas para Sierra Leona. Ha recibido numerosos premios.

Ramón Jiménez. Gijón, 1963. Comenzó su trayectoria profesional en *La Voz de Asturias* para pasar, después, a *La Nueva España*. Ha viajado a Cachemira para cubrir el conflicto que enfrenta a las fuerzas gubernamentales con el grupo de oposición armada separatista que actúa en este estado de la India. Actualmente forma parte de la agencia *Bancoimágenes*, que ofrece más de 1.500 fotografías de este reportero gráfico.

Kim Manresa. Barcelona, 1961. Es fotoperiodista del diario *La Vanguardia* desde 1985 y ha colaborado con la agencia VU de París. Su obra se ha expuesto en más de mil galerías en todo el mundo. Entre sus libros de fotografía destacan *El día que Kadi perdió parte de su vida* (1999); *Prostitución infantil en Brasil* (2001, con David Dusster); *Los olvidados. Resistencia cultural en Colombia* (2004, con Juan Gonzalo Betancur); *Barcelona nit*; *El Molino* y *La sombra del Toro*. Actualmente

trabaja en la publicación de *Historias de África*, un recorrido por la vida cotidiana en el continente africano, y *Escuelas de otros mundos*. Es autor de reportajes sobre derechos humanos en zonas en conflicto como Irak, Palestina, Colombia, Kosovo, África Occidental, Bangladesh y Filipinas. Ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales.

Rafael Marchante. Cádiz, 1972. Tras sus inicios, en 1994, como fotógrafo en el diario *Cádiz Información*, fue durante años colaborador habitual de *El País* y de *Agencia Efe* en Málaga. Desde 2001 es corresponsal de la agencia *Reuters* para Andalucía Oriental y colabora en diversas revistas extranjeras. Ha realizado reportajes en Palestina y Marruecos y ha obtenido los premios Los Reporteros (1994) y el Premio Andalucía de Periodismo (2000) con un reportaje sobre los refugiados albanokosovares. Su exposición *Mujeres entre dos fuegos* refleja la vida cotidiana de las mujeres palestinas.

Gervasio Sánchez. Córdoba, 1959. Licenciado en Periodismo, ha trabajado como periodista independiente para diversos diarios y revistas, especializándose en conflictos armados: desde 1984 ha cubierto la mayor parte de los enfrentamientos de América Latina, la guerra del Golfo, los conflictos de Yugoslavia, África, Asia... Desde los años 80 reside en Zaragoza y desde 1988 mantiene una estrecha relación con el diario *Heraldo de Aragón*, aunque también colabora con la *Cadena SER*, la *BBC* y otros medios. Entre sus muchos libros destacan *El Cerco de Sarajevo* (1994), *Vidas Minadas* (1997), *Niños de la Guerra* (2000), *La Caravana de la Muerte* (2001)... Ha recibido numerosas distinciones, entre ellos el Premio Cirilo Rodríguez, y ha sido nombrado Enviado Especial de la UNESCO por la Paz.

Ilya U. Topper. Almería, 1972. Empezó a trabajar en 1994 como redactor en el periódico *Cádiz Información*. Desde 1996 ha realizado reportajes en Marruecos, Sáhara Occidental, Líbano, Palestina, Burkina Faso y Uzbekistán, publicados en diferentes medios (*El Mundo*, *ABC*, *Marie-Claire*...) y en 2004 ha coordinado en Irak para Elías Querejeta la producción del largometraje documental *Bagdad*, dirigido por Javier Corcuera. Ha trabajado como director de Comunicación para diversas ONGs en Granada, Madrid y Cádiz.

Eduardo Urdangaray. Mieres, 1969. Lleva más de 10 años dedicado al periodismo fotográfico, colaborando con medios nacionales como *El País*, *El Mundo*, *Geo* o *Tribuna* y extranjeros como *Liberation*, *Sunday Mirror* o *New York Times*. Entre 1992 y 1996 cubrió el conflicto de Bosnia y las matanzas de Ruanda para diversos periódicos y agencias y en 2001 y 2002 documentó el conflicto palestino y la tragedia sanitaria infantil de Irak. Ha realizado las exposiciones *SOS Balcanes* sobre Bosnia, *Ruanda, viaje al infierno*, *4700 días* y *Europa*. Actualmente forma parte de la agencia *Bancoimágenes*.

Jorge Zapata. Jerez de la Frontera, 1975. Estudió imagen y sonido en su ciudad natal. Entre 1996 y 2003 ha colaborado como fotógrafo profesional con los diarios *Jerez Información*, *Cádiz Información*, *El País* y *El Correo de Andalucía*. Actualmente trabaja para el periódico *Diario de Cádiz*. Ha realizado reportajes en Líbano, Timor Oriental, Kosovo, Irlanda del Norte y Palestina. Entre sus exposiciones individuales destacan *Zona Cero*, sobre Nueva York, y *Kosovo, retrato de un éxodo*.

Autores

Francisca Aguirre

José Manuel Caballero Bonald

Javier Corcuera

Ángeles Espinosa

Ángel González

Ángel Petisme

Ramón Lobo

Rosa Regàs

Fran Sevilla

Juan José Téllez

APRENDER LA GUERRA

S“Si en mi generación olvidáramos el significado de la guerra, quizás en el futuro, cuando crezcamos, ya no vuelva a haber ninguna guerra. Todos los de mi edad en todo el mundo deberíamos olvidar este invento...” Rifat, un adolescente irakí de 15 años, se imagina que erradicar los conflictos armados del mundo es posible, si no se les enseña a los niños a pelearse con los vecinos.

Pero lo cierto es que en casi todas los países, a los niños se les enseña a odiar, a pelear, a disparar, a manejar armas. En las sociedades que se sienten históricamente oprimidas se cultiva el mito de la guerra justa para levantarse un día contra el opresor. En las sociedades dominantes, la sensación de amenaza permanente ante quienes tienen menos lleva a la exaltación del deber de defender a la patria o algún otro concepto supremo. En ambos lados a los niños se les arma y se les adoctrina, ya sea para cambiar el mundo o para mantenerlo tal cual. Para la psicología infantil, la meta abstracta es lo de menos. Y el resultado inmediato es nítido: se enseña que sólo la fuerza, el poder de un gatillo, el cañón de una ametralladora, son garantes de la felicidad.

Uno de los países donde este culto a las armas es más extendido –sin que exista un conflicto armado interno– es Estados Unidos. Sólo así se explican las atrocidades cometidas por sus ejércitos: los jóvenes reclutas provienen de una sociedad en la que la fuerza se considera un derecho. La población de Estados Unidos dispone de unos 250.000.000 de armas ligeras... casi una pistola por persona. Los disparos son una de las mayores causas de muerte. En el año 2000, más de 1.400 menores de 18 años murieron por un tiro de un arma de fuego, dos de cada cien mil.

Las poblaciones involucradas en conflictos internos –sobre todo cuando enfrentan a grupos étnicos o religiosos– suelen cultivar aún más la imagen del guerrero armado. Muchos libros escolares –desde Marruecos a Irak– ofrecen ilustraciones de niños armados, aun cuando en realidad no se llegan a reclutar, en todo el mundo hay canciones infantiles que glorifican la guerra, los niños de Estados Unidos y Cuba aprenden desde la primera clase el culto a la bandera nacional.

16

Quizás este afán de convertir a los niños en héroes de guerra sea más visible en Palestina, donde abundan las imágenes de chicos de diez o doce años que exhiben orgullosamente un fusil frente a unas fotografías de mártires por la causa: privados de todos sus derechos, les es fácil creer en la lucha armada como única vía de futuro. Mucho menos se habla de los niños israelíes que conviven, también, con las armas: el servicio militar dura tres años para los chicos y dos para las chicas; durante este tiempo un soldado nunca se separa de su fusil de asalto, lo llevará también durante los permisos y en casa, frente a los hermanos menores. Un caso aparte son las familias de los colonos que ocupan, contra toda ley, las tierras palestinas. Aquí, muchos chavales se integran en las patrullas armadas aún antes de ser llamados a filas a los 17 ó 18 años.



Cuando la guerra se instala en la sociedad, los niños son a menudo los primeros en asimilar sus leyes. Acompañar a las tropas, si son del propio bando, puede ser una nueva aventura, las armas de los padres se convierten en juguetes o al menos en modelo de juguetes de fabricación propia. Y junto con la ideología de las armas se aprende también que el enemigo es, siempre, el otro. La guerrilla birmana –como otras muchas– utiliza videos para adoctrinar a los niños sobre las atrocidades del enemigo; más o menos siguiendo el mismo esquema que la industria cinematográfica de la guerra fría... y quizás la de hoy en día, aunque el enemigo ya no sea el comunista sino el terrorista musulmán.

Enseñar la doctrina de las armas es una de las mayores agresiones contra la infancia de nuestro planeta. Poco importa si esta doctrina se combina luego con la defensa de una religión, una patria, un territorio, una supremacía racial o cualquier otra expresión del bien supremo. Las armas, siempre, se dirigen contra quien los maneja.

APRENDIZ

India 1995

RAMÓN JIMÉNEZ

Los niños que viven en zonas de conflicto aprenden muy pronto a empuñar un arma. Así sucede con el aprendiz de guerrillero que aparece en la fotografía junto a su padre, miembro del grupo armado separatista que lucha desde 1989 en Cachemira por la independencia de esta zona musulmana al norte de la India. El conflicto viene de antiguo: desde la partición del subcontinente tras la retirada de los británicos, en 1948.

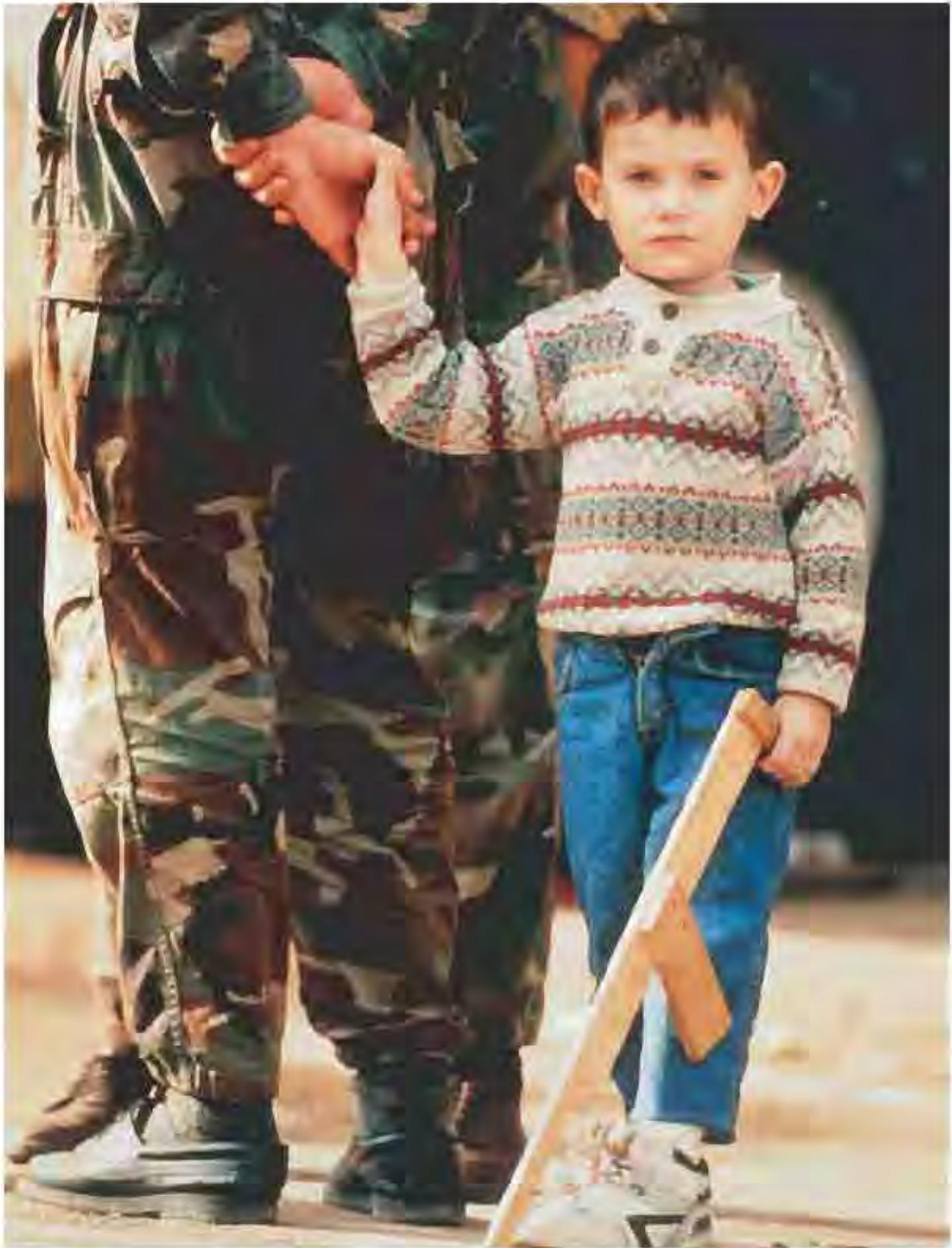


PADRES E HIJOS
Mostar (Croacia) 1988

MIGUEL BERROCAL

Los niños que crecen en medio de la violencia llegan a considerarla un modo permanente de vida. Se acostumbran al ritmo que marca los conflictos e imitan, también en sus juegos, a los adultos.

El niño de la fotografía, captada en la zona musulmana de Mostar, tiene un padre soldado. Como papá, él tiene su arma, aunque sea de madera.



PIM PAM PUM

Jablanica (Yugoslavia) 1995

EDUARDO URDANGARAY

Un niño con un grupo de amigos apunta a un casco azul español con una pistola de juguete. La guerra que dividió Yugoslavia provocó en los niños pesadillas, miedo, inseguridad y amargura.

Algunos cooperantes en Bosnia-Herzegovina observaron a adolescentes con crisis de llanto que intentaban suicidarse, estaban deprimidos o mostraban altos niveles de delincuencia y agresividad.



LECCIONES DE GUERRA

Tailandia 1995

AGUSTÍN CATALÁN

Los niños en esta escuela del campo de refugiados Mawker, situado en Tailandia, a dos kilómetros de la frontera con Birmania (Myanmar) no están aprendiendo matemáticas ni geografía. Ven un vídeo que muestra las atrocidades cometidas por las tropas del gobierno birmano, que ejerce una implacable represión sobre el país. Niños de 6 a 14 años observan en clase estas imágenes de violaciones y torturas para que aprendan a identificar al enemigo. Tailandia acoge a miles de refugiados de la etnia karen, en lucha contra el gobierno birmano.



CULTO AL ARMA

Palestina 2003

ILYA U. TOPPER

Los colonos israelíes, judíos extremadamente religiosos, llevan 30 años ocupando dos centenares de colinas de Cisjordania y Gaza para impedir que su gobierno devuelva esta tierra a sus legítimos dueños, los palestinos. Esta colonización, un crimen de guerra según la ley internacional, es para ellos un derecho divino. Desde muy pequeños aprenden a convivir con las armas. En la foto, niños del asentamiento de Kedumim rodean a un soldado del ejército gubernamental, destinado a proteger estos enclaves ilegales.



FRANCISCA AGUIRRE



Nos tuvimos que ir a Valencia porque el Gobierno se fue a Valencia. Es curioso, me acuerdo mejor de la casa de Barcelona. Valencia para mí se reduce a un palomar. En la parte de atrás de la casa había un palomar. Cuando pienso en Valencia veo dos cosas: el palomar y la carita de mi hermana Margara. Margara tenía tres años y era una gordita que daba gusto ver. De la noche a la mañana se puso malísima. Tenía los ojos muy grandes y con la fiebre parecían aún mayores. Primero dijeron que era apendicitis e inmediatamente recomendaron a mamá que le pusiera hielo en la barriga. Mamá miró a la niña, luego miró al médico, después miró a mi padre. No hubo necesidad de palabras. Diez minutos después papá volvía con otro médico. Diagnosticó sin vacilaciones una pleuresía supurada. Hubo que operar a Margara a toda prisa, como Dios les dio a entender, casi sin anestesia. Todavía no hemos comprendido cómo se salvó Margara. Pero salió adelante, y unas semanas después ya andaba jugando con las palomas. Estuvimos poco tiempo en Valencia; hubo que marcharse corriendo a Barcelona.

La casa de Barcelona era grande: tenía una terraza hermosísima, una escalerita que subía a las habitaciones de arriba y un mirador desde el que se veían unos árboles que tenían un fruto color rosa. Pero por encima de todas esas cosas, la casa tenía un objeto mágico: una pianola blanca. Aquella pianola resonaba en todas las cosas. La música salía de ella como tropezando e iba de tropezón en tropezón posándose en cada uno de nosotros, como una especie de saludo diario. Cuando pienso en aquellos días de Barcelona dentro de mí se levanta una extraña sinfonía. Suena la pianola y el tío Pepe canta: "En el puente de la Peña una noche la encontré". Suena la pianola y el tableteo de las ametralladoras apaga su sonido. Suena la pianola y papá canta: "No era calle, que era un río". Suena la pianola y nosotras corremos a escondernos debajo de la escalera mientras silban las bombas. Suena la pianola mientras papá, el tío Pepe y el tío Faustino miran desde la terraza el vals macabro de los aviones: "¿Son los nuestros?". Suena la pianola: desde el mirador veo sin comprender: un hombre corre sin cabeza.

Barcelona, Barcelona, ¿dónde andará aquella pianola? Nos fuimos. Un día tuvimos que cerrar la pianola. Tuvimos que cerrarlo todo. He necesitado que pasen cuarenta años para atreverme a abrir de nuevo aquella pianola.

SOLDADITOS DE PLOMO

¿Acabas de cumplir 15 años? Aún no puedes tomarte una cerveza en un bar, no puedes comprar tabaco, por supuesto no puedes conducir un coche ni ir a votar. Hay determinadas películas que no debes ver. Tampoco puedes pedir trabajo en alguna empresa. No tienes aún edad para participar en el mundo de los adultos. Con una excepción: puedes echarte un fusil al hombro e ir a la guerra. La legislación internacional lo permite.

Alrededor de 300.000 niños y niñas participan hoy en unos 17 conflictos armados de cuatro continentes. Algunos no tienen más de seis o siete años, la mayoría entre 15 y 18. En algunos países casi todos los niños soldados son varones, en otros –como Sri Lanka, Uganda o Colombia– una parte importante de los pequeños combatientes son niñas. En Angola, una investigación realizada en 1995 demostró que el 36 por ciento de los niños había acompañado o ayudado a soldados y que un siete por ciento había disparado contra alguien.

La lista negra de países con niños soldados se ha reducido casi a la mitad en los últimos diez años –resultado de los tratados de paz en Irlanda del Norte, toda Centroamérica, Etiopía, Somalia, Mozambique, los Balcanes y varios países asiáticos. Pero el número de los niños alistados apenas parece haber disminuido: los señores de la guerra siguen considerando a los adolescentes como una fuente imprescindible de carne de cañón.



¿Por qué se les recluta? En primer lugar, por la falta de soldados adultos. Cuánto más dura un conflicto, mayor es la proporción de niños entre los soldados. Durante el último año de la Segunda Guerra Mundial, Alemania empezó a reclutar a niños a partir de los 12 años. Las guerrillas que combaten al gobierno de Birmania también se componen en gran parte de adolescentes: apenas quedan mayores. En la guerra contra Irak, el ejército de Irán utilizaba niños para despejar campos de minas y “ahorrar” así a los soldados experimentados. Además, los niños son más obedientes que los adultos, no reclaman salarios y no entienden el peligro: combaten sin miedo.

Antiguamente, los menores no podían ir a la guerra porque las armas eran demasiado pesadas y difíciles de manejar. Hoy, los fusiles de asalto, con sus diseños ligeros y simples, pueden ser llevados, desmontados y montados por niños de diez años de edad. Y son cada vez más baratas. Al cabo de un largo conflicto, como el que desolaba el norte de Uganda, un fusil moderno costaba menos que un pollo. Pero los niños no sólo sirven como combatientes. También se les encargan los más diversos trabajos de apoyo militar: son espías, porteadores, cocineros... y en el caso de las niñas, con frecuencia “esposas” de los soldados.

No sólo las guerrillas utilizan a niños soldados: también lo hacen los grupos paramilitares y pro-gubernamentales de Colombia, Argelia o Israel. E incluso muchos ejércitos gubernamentales cuentan con adolescentes entre sus filas. No siempre se trata de un reclutamiento forzoso: cuando un conflicto ha arrasado con la población, una unidad militar, sea del signo que sea, puede convertirse en una especie de familia adoptiva para un niño. La pobreza y el caos creados por una guerra civil pueden ser tan graves que la mejor opción para un niño sea hacerse con un arma y combatir en algún bando. Sierra Leona y Liberia son ejemplos. Cuando se trata de un conflicto étnico, también es frecuente que los niños quieran imitar a sus mayores y defender su identidad cultural o vengar a sus padres.

Algunos ejércitos y grupos armados intentan exponer a los adolescentes menos a combates y más a programas de adoctrinamientos. Otros los hacen pasar por ritos de "iniciación" que van desde la tortura física hasta la obligación de matar a prisioneros indefensos o incluso a miembros de su propia familia. La finalidad es imposibilitar el retorno del niño a su comunidad. Este hecho complica en muchos conflictos africanos la desmovilización de los jóvenes soldados: no pueden reintegrarse en la sociedad tras el fin de los enfrentamientos. Y pocos tratados de paz prevén alguna solución para los ex combatientes menores, que a menudo formalmente ni siquiera cuentan como soldados.

Hasta el año 2000, la legislación internacional permitía forzar al servicio militar a niños de 15 años. Actualmente, el Protocolo Opcional para la Convención sobre los Derechos del Niño lo prohíbe, aunque permite que los pequeños se alistén "voluntariamente". Es dudoso, sin embargo, que un niño atrapado en un conflicto armado pueda tomar "libremente" la decisión de alistarse. Aún así, en el año 2003, no sólo los ejércitos nacionales de Burundi, República Democrática de Congo, Israel, Birmania, Sudan y Uganda mantenían a menores de 18 años en los cuarteles, sino también dos estados que difícilmente necesitarían a estos soldaditos de plomo: Estados Unidos y Gran Bretaña. En este último país hay actualmente entre 6.000 y 7.000 soldados menores de 18 años y el 40 por ciento de todos los miembros del personal militar se había alistado a los 16 o los 17 años de edad. Antes de poder votar. Antes de poder decidir libremente qué película ver el sábado por la noche.

LAS CHICAS SON GUERRERAS

El Salvador 1988

CORINNE DUFKA/REUTERS

Dos chicas y un niño guerrillero armados marchan dentro del territorio controlado en 1988 por el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). En esta época, los grupos rebeldes de El Salvador ofrecían educación primaria a los niños, la excepción a la regla en las guerras. El conflicto de este pequeño país centroamericano no se basaba en motivos étnicos sino ideológicos que enfrentaba a un gobierno conservador con una guerrilla de signo socialista.



PATRULLA INFANTIL

Liberia 1996

CORINNE DUFKA/REUTERS

Una cuarta parte de los combatientes en las distintas facciones enfrentadas en Liberia eran niños, es decir, unos 20.000 en total. El Frente Patriótico Nacional de Liberia, bajo las órdenes del señor de la guerra Charles Taylor; tenía su propia unidad juvenil, formada por niños entre los 6 y los 20 años. En la fotografía aparecen algunos de sus miembros patrullando por la capital Monrovia, destruida a manos de adolescentes y niños entregados a la violencia.



INICIADOS

Liberia 1996

CORINNE DUFKA/REUTERS

En Colombia, Liberia o Sierra Leona, muchos niños soldados deben superar determinados ritos de “iniciación” que van desde la tortura física hasta la obligación de matar a prisioneros indefensos o beber la sangre de los enemigos muertos. La fotografía muestra a niños soldados liberianos, pertenecientes a la facción de Charles Taylor, que descansan después de la batalla. Hordas de estos adolescentes armados sometían durante meses la capital Monrovia al pillaje y la destrucción gratuita.



SOLDADITOS DE PLOMO

Birmania (Myanmar) 1995

AGUSTÍN CATALÁN

Cada puesto de control de la guerrilla birmana karen suele estar ocupado por dos jóvenes guerrilleros. Hacen turnos de guardia de 12 horas. La fotografía muestra a un adolescente de 15 años con su compañero, de 18, que quedó mutilado por la explosión de una mina cuando era un niño. Muchos de estos vigilantes, que comen y duermen en sus puestos, no disponen ni siquiera de balas. Más que combatir, su misión es advertir a sus compañeros de la presencia de tropas enemigas.



NIÑAS DE ARMAS TOMAR

Irak 2003

JOSÉ LUIS CUESTA

Cuando se trata de demostrar la adhesión a una causa, sea cual sea, no importa el sexo. Estas chicas irakíes forman parte de un batallón femenino que posa orgulloso de defender a Sadam Husein.

No parece que llegaran a entrar en combate con el ejército estadounidense. Su cometido era otro: elevar la moral de la población y mostrar que todos y todas estaban dispuestos a combatir por la patria.



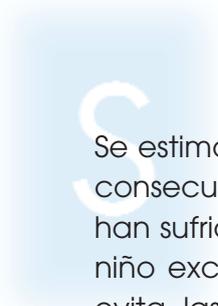
ALAS ROTAS



Hace muchos, muchos años, ser soldado era una profesión arriesgada. Hoy día, quedarse en casa es mucho más peligroso que ir al frente: alrededor del 90 por ciento de las víctimas de las guerras modernas son civiles. La mitad de ellos son niños y niñas.

La mayoría de estas jóvenes víctimas no muere, sin embargo, bajo las bombas o las balas sino por el hambre y las enfermedades. La guerra interrumpe la normal producción y distribución de alimentos, dificulta el reparto de ayuda alimentaria (mayoritariamente acaba en manos de las tropas), corta los suministros de agua y destroza las infraestructuras de salud. La falta de alimentos, de agua potable y de servicios sanitarios se cobra muchas vidas infantiles. Se ha calculado que en el período de conflicto entre 1980 y 1988, Angola perdió 330.000 niños y Mozambique 490.000 por causas relacionadas con la guerra.

La invasión de Irak puso una vez más de manifiesto esta realidad. Aunque el moderno armamento de Estados Unidos se cobró una alta cifra de víctimas en los ataques de abril y mayo de 2004, un número mucho mayor de niños –posiblemente medio millón– murió en los doce años precedentes, víctima de un embargo que les privaba hasta de los medicamentos más sencillos. La utilización, en 1991, de munición de uranio empobrecido causó un aumento espectacular de malformaciones y de leucemia en el sur del país. Por otra parte, el bombardeo de las centrales eléctricas impide que vuelvan a funcionar las potabilizadoras de agua. Desde mayo de 2004, los niños irakíes beben agua contaminada. Los continuos cortes de luz y la carestía que eleva los precios del gas para cocinar contribuyen a dejar a la infancia expuesta a un riesgo de muerte quizás mayor que el de los misiles. A ello se añaden los ubicuos restos de bombas de fragmentación lanzadas por los aviones estadounidenses, y los arsenales abandonados por las tropas irakíes en su retirada. Tanto unos como otros representan serios peligros para los pequeños que curiosean entre las ruinas de Bagdad o incluso se ven obligados a vivir entre los muros de los antiguos cuarteles.



Se estima que en los últimos diez años, más de dos millones de niños han muerto como consecuencia directa de algún conflicto armado, y tres veces más –al menos 6 millones– han sufrido graves heridas. El efecto es devastador. Un niño herido es muchas veces un niño excluido de la sociedad. Incluso en los casos en que una pronta ayuda médica evita los daños físicos irreversibles, el trauma sufrido puede provocar pesadillas, miedos, tartamudeos, la incapacidad de comunicarse. Algunas sociedades rechazan a los discapacitados que así no pueden acceder ni siquiera a los oficios que su condición les permitiría ejercer.

46

Las capas más pobres de la población –siempre las más vulnerables– no disponen de medios ni herramientas para sanar la psicología de los jóvenes afectados. Pierden así la oportunidad de volver a integrarse en la sociedad. Aunque curarlos es un proceso largo y a menudo impagable para sus familias, sólo supondría un minúsculo porcentaje del presupuesto que los estados implicados gastan en el armamento necesario para herirlos. Incluso después de una guerra, los representantes del poder suelen gastar más en propaganda bélica que en atención médica a la infancia (un derecho garantizado por el artículo 23 de la Convención sobre los Derechos del Niño). Un ejemplo es la extremadamente costosa retirada de las estatuas de Sadam Husein en Irak por parte del ejército estadounidense, que pudo ser presenciada en directo por niñas con graves quemaduras en la cara, efecto de las bombas, y sin esperanza de recibir terapia alguna.



Una de las mayores causas de la muerte de niños en las guerras es el hambre. Pero la falta de comida se debe raramente a las sequías o las inundaciones que permitirían, en todo caso, importar alimentos de las regiones vecinas. El hambre es, casi siempre, parte de una estrategia militar que bloquea las zonas consideradas rebeldes, impide el comercio y convierte sus poblaciones civiles en rehenes. No sólo ocurre en África: Irak, uno de los países más fértiles de la tierra, vivió durante una década sujeto a un régimen de escasez, debido al embargo mundial que obstaculizaba incluso el desarrollo de la propia agricultura e impedía además la llegada de medicamentos. En 1996, preguntada por la muerte de medio millón de niños irakíes a causa del bloqueo, la secretaria de Estado de Estados Unidos respondió: "Merece la pena".

J. M. CABALLERO BONALD



H

Hay una imagen bélica que recuerdo con absoluta precisión. Data de 1939, ya en los últimos meses de la guerra civil. Yo tenía once o doce años y una tarde, cuando atravesaba una calle de Jerez, vi a un niño andrajoso, con unas moscas posadas en las comisuras de la boca, rebuscando en unos cubos de basura. Sólo eso. Pero la mirada de aquel niño, su actividad de animalillo hozando entre detritus, me hizo asimilar de modo imborrable una repentina enseñanza moral.. Ahí estaba sinópticamente expresado el infortunio general de la guerra. El hecho de que alguien -un niño- pudiese encontrar algo aprovechable o comestible en medio de la inmundicia, me pareció más desolador que todas las desdichas anteriormente vinculadas a aquel desafuero histórico. Comprendo muy bien que ese tipo de recuerdos, lastrados de una vaga emotividad, no logran esquivar cierto sentimentalismo de fondo. Pero da igual. La angustiada evidencia pedagógica de esa imagen ha perdurado hasta hoy mismo como el refrendo de una injusticia, una infamia, una perversión humana que nunca dejé ya de asociar a la guerra.

TENGO MIEDO

Palestina 1996

EDUARDO URDANGARAY

Un soldado del ejército israelí corre por una calle de la ciudad antigua de Hebrón, en Palestina, sin reparar en un niño amedrentado de pocos años de edad, al que no le ha dado tiempo de refugiarse en casa.

Hebrón es una ciudad dividida; aquí conviven 20.000 civiles palestinos con 400 colonos judíos fuertemente armados y 7.000 soldados israelíes destinados a protegerlos. El toque de queda instaurado por el ejército –sólo se aplica a los palestinos– se levanta apenas unas pocas horas al día. Y no todos los días.



¿Y SI CAE AQUÍ? Irak 2003

ALEJANDRO CARRA

Durante los bombardeos que la aviación estadounidense realizaba contra Bagdad, las familias solían congregarse en la habitación menos expuesta de la casa para reducir los riesgos de ser alcanzadas por la metralla y para consolarse mutuamente. Pero todos sabían que sobrevivir era sólo cuestión del azar: centenares de casas se derrumbaron bajo los misiles americanos enterrando a sus habitantes bajo los escombros o causando graves heridas o quemaduras.



LA CARA DE LA GUERRA

Albania 1997

CHEMA BARROSO

Durante el conflicto albanés –que finalmente no llegó a convertirse en una verdadera guerra civil– el hospital de Valona recibía una media diaria de tres niños heridos por la explosión de granadas. No habían sido lesionados en ningún ataque o escaramuza sino en sus casas, donde sus familiares almacenaban las armas sustraídas durante los asaltos a los cuarteles del ejército. En la foto, un niño herido por el estallido de una granada en Szngin, al norte de Albania.



HOSPITAL

Irak 2003

56

JOSÉ LUIS CUESTA

El embargo contra Irak, instaurado en 1990, prohibía la importación de comida, repuestos industriales, plaguicidas... y hasta de los medicamentos más sencillos. Medio millón de niños y niñas irakíes murieron por enfermedades como la leucemia, fáciles de tratar con la medicación adecuada. En la fotografía, un niño agoniza en un hospital de Bagdad, acompañado por dos familiares. Su juguete representa lo único que sigue abundando en el país: un arma.



LA ALAMBRADA

Irak 2003

ALEJANDRO CARRA

Tras la invasión estadounidense, partes del centro de Bagdad se convirtieron en zona exclusivamente para extranjeros. Todas las residencias oficiales de Sadam Husein, convertidas en cuarteles generales del ejército ocupante, y algunos complejos de hoteles importantes fueron rodeados con alambradas y sacos de arena. Varias avenidas céntricas se volvieron intransitables y obligaban a la población a hacer grandes rodeos. Además, los tanques solían cortar de forma arbitraria los puentes que atraviesan el río Tigris y comunican las dos mitades de Bagdad.



LA GUERRA Y LOS NIÑOS

JAVIER CORCUERA



Viví mi adolescencia en un país donde se sufría una guerra interior "ajena" para los que vivíamos en la ciudad. Era el Perú de los ochenta y el país se desangraba. Veinte años después nos llegaron los datos: setenta mil muertos, muchos de ellos niños, y miles de huérfanos. Una herida muy difícil de cerrar.

Me cuesta dejar de pensar en la indiferencia con que el país se enfrentaba a ese drama; era como si los muertos no fueran reales.

Hace un año viajé a Irak para rodar un documental. Durante un par de meses estuve visitando a familiares y a víctimas civiles de los bombardeos. En un hospital nos hablaron de un niño que los soldados ocupantes habían abandonado después de comprobar que no tenía quien lo reclamara. Toda su familia había muerto cuando bombardearon su casa. El niño llevaba viviendo un año en el hospital y estaba muy enfermo; tenía siete años.

El día que decidimos ir a conocerlo encontramos un silencio profundo en el hospital. Nadie quería hablar. Luego nos contaron que había muerto la noche anterior y que el portero del hospital lo había enterrado en un descampado cercano.

Aquel niño pasó los últimos meses de su vida solo y murió de una enfermedad curable; los médicos no pudieron ayudarlo porque no había medicinas en el hospital. Nadie fue a su entierro. Nunca contará en las estadísticas de esa guerra criminal.

Salimos en silencio. Aquel día volví a pensar en la indiferencia de mi país con los muertos de aquella guerra lejana; pensé en cuántos niños como los de Irak debieron existir, cuántos niños que como los de esta guerra no tienen ni una tumba con su nombre.

JUGUETES MORTALES

Si una mina antipersonas es un soldado que nunca duerme, ahora mismo hay unos 110 millones de soldados al acecho para atacar a la población civil de más de 60 países. Gran parte de ellos está especialmente entrenada para herir a los niños. No es una amenaza vacía: entre 8.000 y 10.000 menores son cada año víctima de las minas anti-personas. Se trata de auténticas armas de destrucción masiva a cámara lenta.

Un 85 por ciento de todas las muertes por minas del mundo han ocurrido en tres países: Afganistán, Angola y Camboya. En Afganistán hay entre 10 y 15 millones de minas, en Angola unos 9 millones, en Camboya 7 millones, dos para cada niño. En conjunto, África es el continente más minado del mundo: el suelo de 19 países esconde a 37 millones de estos artefactos letales.

Hay más de 350 diferentes tipos de minas; algunos no cuestan más de 3 euros. Desactivar una sola mina, sin embargo, tiene un alto coste: entre 250 y 800 euros. El experto que lo hace, siempre arriesga su vida. Y mientras se pueden sembrar desde el aire unas mil minas por minuto, una persona puede tardar un día entero para limpiar de minas un área de 50 metros cuadrados. Desminar un país entero cuesta generaciones.

Los niños y niñas están especialmente expuestos a las minas. Porque son más curiosos que los adultos y pueden jugar con estos objetos. Porque a menudo no saben leer o interpretar las señales de advertencia. Porque sufren consecuencias mucho más graves: una explosión que le arrancaría un pie a un adulto, los deja con ambas piernas amputadas o incluso ciegos. Y finalmente, porque hay minas en forma de juguetes, de mariposas o piñas, concretamente diseñadas para atraer y herir a los niños.

64

Pero el efecto devastador de las minas va mucho más allá del número de muertes que provocan. En primer lugar están diseñadas para herir más que para matar. Ello significa que la cifra de heridos es varias veces mayor que la de fallecidos y no son heridas simples: requieren largas estancias en el hospital –cuando existen hospitales–, gastos médicos durante un largo período de tiempo, habitualmente amputaciones, muletas o piernas ortopédicas y una difícil recuperación. Suponen así un altísimo coste para un país empobrecido tras un conflicto armado. También aquí, los niños son los peor parados: dado que sus huesos siguen creciendo, no basta con colocarles un miembro artificial. Hay que continuar el tratamiento y cambiar varias veces la prótesis. En muchos países pobres, esto supera la capacidad del sistema de salud. En El Salvador, sólo entre el 10 y el 20 por ciento de los niños heridos por minas recibe una terapia de rehabilitación.

En Angola hay 70.000 personas discapacitadas a causa de las minas, unos 8.000 son niños. En Camboya han muerto 18.000 personas por explosiones de minas entre los años 1979 y 2002; más del 60 por ciento eran civiles. Otros 40.000 han sobrevivido a los ataques de estos soldados mecánicos. Pero incluso aquellos accidentes que nunca aparecen en las estadísticas, las muertes de vacas u otros animales domésticos, pueden tener graves consecuencias sobre la economía familiar de sus dueños. Además, un tratado de paz puede desmovilizar a los soldados, pero nunca desactiva las minas sembradas.



Aún las minas que nunca llegan a explotar suponen un insuperable lastre para el desarrollo de una región por su simple presencia. Impiden la repatriación de los refugiados. Bloquean la comunicación por carretera o por los senderos y dificultan enormemente el reparto de ayuda humanitaria, primero, y el comercio local, después. Un país minado tarda muchas décadas en recuperar la paz, aun cuando sus habitantes ya han solucionado los motivos que los empujaron a la guerra.

Entre los países productores de minas figuraba hasta 1997 una decena de estados de la Unión Europea, entre ellos España. Este año, 122 naciones firmaron el Tratado de Ottawa que prohíbe fabricar, almacenar, utilizar o exportar minas antipersonas. Entre los 15 gobiernos que se han negado a compartir este acuerdo se hallan no sólo China, India, Pakistán, Egipto, Irán, Rusia o Cuba, sino también Estados Unidos. Sus industrias siguen fabricando minas. Aparentemente no las llegó a emplear durante la última guerra contra Irak, pero los fragmentos sin explotar de la ingente cantidad de bombas de racimo lanzadas sobre este país siguen amenazando a la población de forma similar a las minas. Una vez más, los niños son sus primeras víctimas.

HIJOS DE LAS GUERRAS

ÁNGELES ESPINOSA



H

Hasan Razzak y Sibghatullah no se conocen, pero tienen mucho en común. Ambos son niños sin infancia, hijos de la guerra obligados a trabajar para sobrevivir y ayudar a sus familias. Hasan, de 11 años, limpia zapatos a las puertas de un hotel de Bagdad. Sibghatullah, de 12, busca clientes para sus cepillos en un restaurante de Kabul. Ambos me regalaron un día una sonrisa y desde entonces estoy en deuda.

"Mi padre está enfermo y no puede trabajar", me contó Hasan, que desde la invasión estadounidense dejó de ir al colegio. "Antes los policías no permitían que los niños trabajáramos", explica, pero él, como otros muchos, lo hacía a hurtadillas. Sibghatullah es huérfano de padre y su madre viuda tenía prohibido trabajar durante el régimen talibán. El nuevo sistema le ha traído más clientes, pero no le ha devuelto a la escuela.

Hasan quiere ser futbolista. Lo dice con una mirada profundamente triste que revela su falta de esperanza. De vez en cuando aún tiene tiempo de dar patadas a un balón con sus amigos del barrio. El recuerdo de esos momentos le ilumina la cara. Sibghatullah responde con un "no sé" cuando se le pregunta por su futuro. Nunca se lo ha planteado. Hace lo que le han dicho que tiene que hacer. ¿Hay otra alternativa?

Tanto en Afganistán como en Irak, el 50% de la población tiene menos de 18 años. Más allá de elecciones, partidos políticos y alianzas de poder, el futuro de niños como Hasan y Sibghatullah dará la medida de la intervención internacional en sus países. Mientras haya niños sin infancia, estaremos en deuda con ellos.

CONVIVIR CON LAS MINAS

Mozambique 1997

GERVASIO SÁNCHEZ

Dieciseis años de guerra civil dejaron Mozambique sembrado de minas. El conflicto no terminó hasta 1992 y aún años después, las mujeres –en la imagen, dos chicas de Inhambane van por agua mientras que dos desminadores intentan limpiar la zona– no tienen más remedio que convivir con estos soldados mecánicos cada vez que salen a sus campos. Esta fotografía pertenece al proyecto Vidas Minadas, realizado por Gervasio Sánchez y financiado por Intermon-Oxfam, Manos Unidas y Médicos Sin Fronteras



FUTBOLISTA SIN PIE

Camboya 1996

70

GERVASIO SÁNCHEZ

El niño camboyano Sokheum Man pisó una mina cuando contaba 14 años de edad. Perdió el pie. Pero consiguió rehacer su vida: en la imagen juega al fútbol con sus amigos, muleta en mano. Camboya, el tercer país más minado del mundo, aún cuenta con unos 7 millones de estos artefactos mortales. Esta fotografía pertenece al proyecto Vidas Minadas, realizado por Gervasio Sánchez y financiado por Intermon-Oxfam, Manos Unidas y Médicos Sin Fronteras.



SIN BRAZOS

Cuba 1996

72

JOSÉ LUIS CUESTA

De todas las armas de guerra, pocas son tan duraderas y tan letales para los niños como las minas antipersonas. La explosión de uno de estos artefactos suele provocarles la pérdida de uno o ambas piernas o brazos.

Es el caso de esta niña angoleña que aprende a escribir con los pies en un hospital de Cuba: una mina le arrancó los brazos cuando tenía seis años. En su país, Angola, hay 8.000 niños con lesiones por minas.



MUTILADOS DE GUERRA

El Salvador 1988

CORINNE DUFKA/REUTERS

Un niño sentado junto a su padre, con la pierna amputada por la guerra, en la catedral de San Salvador, durante una manifestación celebrada para exigir cambios políticos.

Esta fotografía está tomada en 1988, cuatro años antes de que los acuerdos de paz pusieran fin a una década de guerra civil. Pero la paz no pudo desactivar las minas sembradas por todo el país.



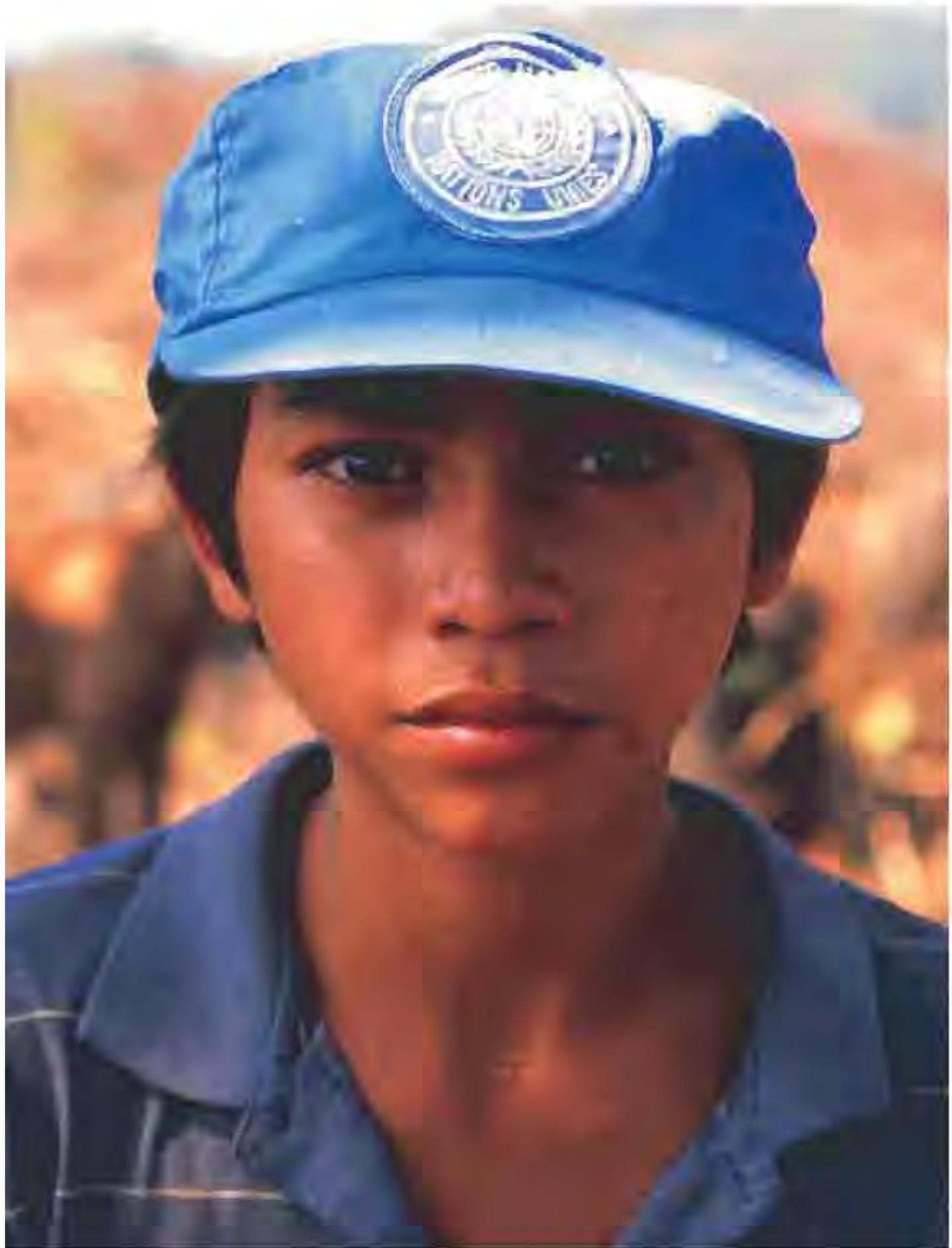
EL BUSCAMINAS

El Salvador 1994

MANUEL CHARLÓN

Tras doce años de guerra civil, el ejército salvadoreño y el rebelde Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional firmaron la paz en 1992. A partir de este momento, la localización y desactivación de las minas, diseminadas en todo el país, se convirtió en una prioridad.

Naciones Unidas colaboró en esta operación, que contó con la ayuda de este pequeño buscaminas, de 13 años, que acompañaba a los expertos. Conocía el terreno y sabía dónde habían ocurrido explosiones.



CIUDAD CERO

ÁNGEL GONZÁLEZ



Una revolución.
Luego una guerra.
En aquellos dos años – que eran
la quinta parte de toda mi vida –,
yo había experimentado sensaciones distintas.
Imaginé más tarde
lo que es la lucha en calidad de hombre.
Pero como tal niño,
la guerra para mí, era tan sólo:
suspensión de las clases escolares,
Isabelita en bragas en el sótano,
cementeros de coches, pisos
abandonados, hambre indefinible,
sangre descubierta
en la tierra o las losas de la calle,
un terror que duraba
lo que el frágil rumor de los cristales
después de la explosión,
y el casi incomprensible
dolor de los adultos,
sus lágrimas, su miedo,
su ira sofocada
que, por algún resquicio,
entraban en mi alma
para desvanecerse luego, pronto,
ante uno de los muchos
prodigios cotidianos: el hallazgo
de una bala aún caliente
el incendio
de un edificio próximo,
los restos de un saqueo
– papeles y retratos
en medio de la calle...
Todo pasó,
todo es borroso ahora, todo
menos eso que apenas percibía
en aquel tiempo
y que, años más tarde,
resurgió en mi interior, ya para siempre:
este miedo difuso,
esta ira repentina,
estas imprevisibles
y verdaderas ganas de llorar.

CORRE, CORRE



Abandonarlo todo, dejar el hogar y dirigirse hacia un país desconocido con apenas lo puesto nunca es una decisión fácil. Actualmente hay 20 millones de personas en el mundo que se han visto obligadas a tomar esta decisión, muchas veces de forma precipitada, para no verse atrapadas entre los frentes de un conflicto armado. Gran parte de ellas son niños y niñas.

La guerra de Afganistán es el conflicto que ha provocado el mayor número de refugiados en las últimas décadas: 3.800.000 personas, la mayoría asentadas de forma precaria en Pakistán e Irán. Seis países africanos –entre ellos Angola, Sudán y Somalia– suman otros 2.600.000 refugiados.

La cifra total de 20 millones incluye no sólo a los refugiados –personas que han abandonado su país– sino también a los desplazados, es decir quienes han intentado ponerse a salvo en alguna región alejada de la guerra sin llegar a cruzar una frontera... o sin haber podido hacerlo. Su situación es similar a la de los refugiados y a veces aún más grave, ya que son mucho menos visibles y casi nunca reciben ayuda internacional. En Perú, el conflicto entre la guerrilla y el ejército obligó a inmensos colectivos de familias indígenas a abandonar sus campos y a buscar refugio en las ciudades donde engrosaron el cinturón de miseria. En Colombia, el éxodo continúa y los desplazados buscan nuevos medios de vida en otras provincias, pagando con el desarraigo y una vida en pobreza la esperanza de sobrevivir al fuego cruzado. La comunidad internacional apenas conoce su drama.

Es difícil precisar cuántos niños y niñas hay entre los refugiados y desplazados. Un cálculo llevado a cabo entre los refugiados sierraleoneses en Guinea reveló que un 65 por ciento de ellos eran menores de edad. Otras fuentes estiman que alrededor de la mitad de los refugiados del mundo son niños y niñas. En algunos casos pierden a sus progenitores por el camino. Son los llamados “menores no acompañados”, que a menudo representan hasta el cinco por ciento de una población refugiada. UNICEF estima que en Ruanda unos 114.000 niños y niñas se vieron separados de sus familias a finales de 1994. Otros muchos acaban convirtiéndose en niños de la calle tras los conflictos. Un estudio realizado en Liberia en 1991 reveló que más del 90 por ciento de los niños analizados que vivían o trabajaban en las calles estaban allí sólo desde la guerra. Más de la mitad dijeron que estaban allí porque se habían visto separados de sus familias.

Pero aún cuando viven en los campamentos de refugiados junto a sus padres, los niños son más vulnerables frente a las enfermedades fomentadas por el hacinamiento y la mala alimentación. Las niñas, por otra parte, muchas veces se ven obligadas a prostituirse para mantenerse, a menudo incluso alentadas por las fuerzas multinacionales que vigilan los campamentos.

Frecuentemente, los campos son controlados por milicias en guerra contra el gobierno de su país de origen, como ocurría con los refugiados ruandeses en la República Democrática de Congo. Dominan entonces el reparto de alimentos, trafican con armas y reclutan nuevos guerrilleros entre los más jóvenes. En Guinea, niños sierraleoneses de apenas siete u ocho años han sido secuestrados por bandas armadas para convertirlos en niños soldados. Por este motivo, los campamentos fronterizos sufren a veces ataques ya que se consideran lugares de entrenamiento militar. La aviación israelí bombardea con cierta frecuencia viviendas de refugiados palestinos en Siria, con la excusa de que allí se entrenan los jóvenes que combaten la ocupación de Palestina.

Hay que añadir que la cifra de 20 millones de refugiados no incluye a los cuatro millones de palestinos expulsados de sus tierras en 1948, año de la fundación del Estado de Israel, y en 1967, fecha en la que el ejército israelí ocupó militarmente Cisjordania y Gaza. Refugiados de tercera generación, llevan medio siglo repartidos entre Jordania, Siria, Líbano, Irak y los estados árabes del Golfo Pérsico. Excepto en Jordania, que les ha otorgado la ciudadanía, nunca se han llegado a integrar en sus países anfitriones. En Líbano siguen viviendo en grandes campamentos de refugiados, prácticamente estados dentro del estado y no sometidos a la jurisdicción libanesa, aguardando el día en el que Israel reconozca su derecho a regresar. Es lo que caracteriza la vida del refugiado: la eterna provisionalidad a la espera de poder volver –ojalá pronto– a su tierra.

LOS OBOES CARGAN PÓLVORA

RAMÓN LOBO



Los oboes cargan pólvora con el arco de los violines.
Una Harley Davison dorada sortea los cráteres.
Las trompetas disparan sobre los francotiradores.
El director de orquesta sentado en un caballo blanco
mira por su batuta desde lo alto de una montaña.
La moto atraviesa las líneas enemigas,
campos minados,
como si fueran una autopista americana.
¡Víttores de victoria!
¡Víttores para el valiente!

La infantería salta de las trincheras.
Una guitarra puntea una marcha fúnebre.
¡Don, don, din! ¡Don, don, din!
La infantería avanza con sus banderas.
"¡A la gloria mis soldados, por el honor y la Patria!",
grita un capitán antes de morir baleado.
La moto rebrinca detrás del enemigo.
¡Víttores de victoria!
¡Víttores para el valiente!

Los oboes cargan pólvora con el arco de los violines.
Las trompetas disparan sobre los francotiradores.
Un avión sobrevuela la batalla.
"¿Es de los nuestros?", pregunta el director desde la montaña.
"Es de los nuestros", responde el caballo.
Tras la explosión atómica, silencio.
Un piano de luto teclea teclas negras.
Los clarinetes desentonados buscan a las cuerdas.
Las plantas abren capullos radiactivos.
Tres esqueletos hacen el signo de la victoria.
La Harley Davison dorada regresa sin amo.
No hay supervivientes. Ni oboes ni violines.
¡Víttores de victoria!
¡Víttores para el valiente!
¡Qué gran victoria!
¡Qué gran victoria, la paz de los cementerios!

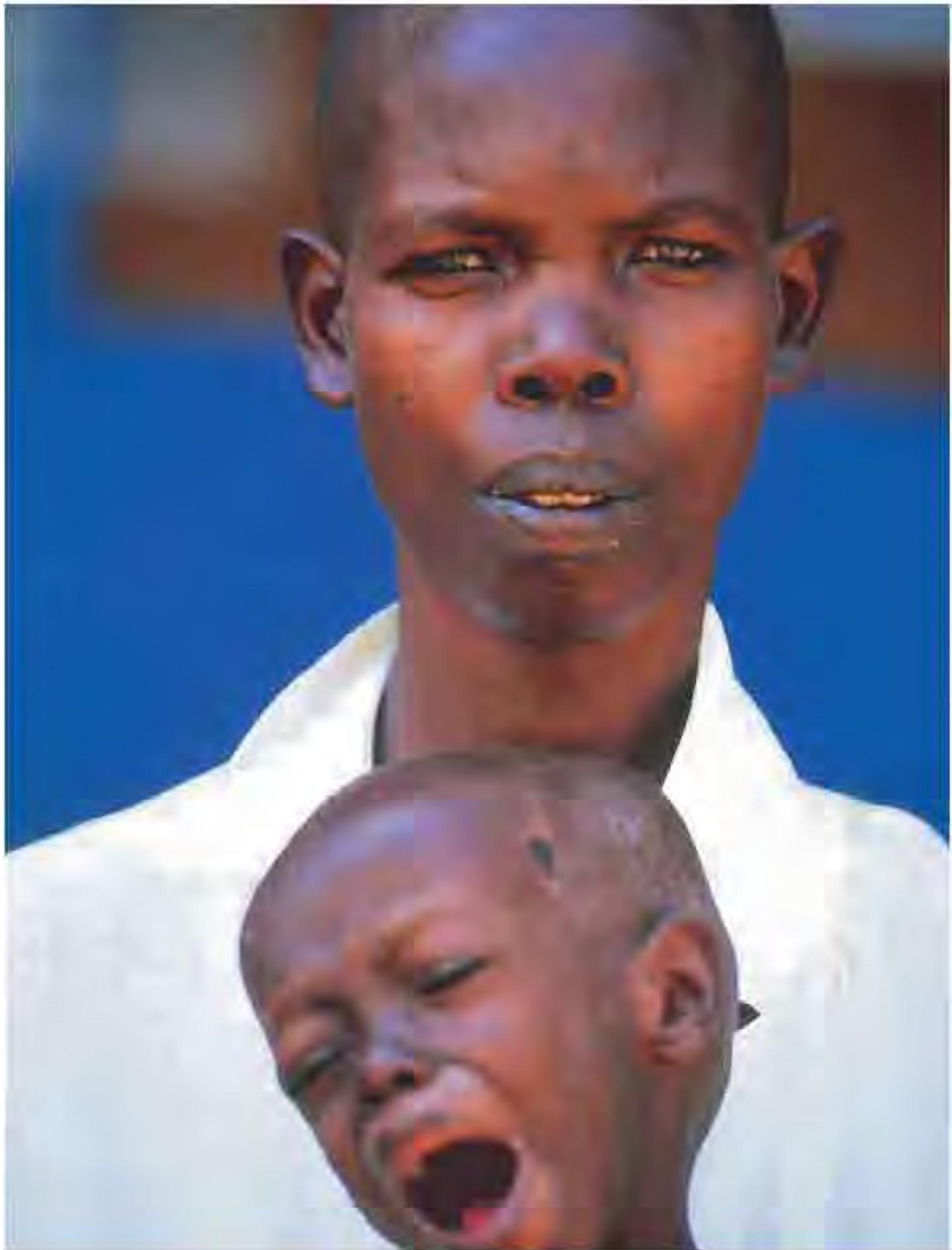
EL LLANTO

Zaire (Rep. Dem. del Congo) 1994

ÁNGEL COLINA

Una viuda tutsi –refugiada de Ruanda– con su hijo enfermo de disentería en un hospital situado en una isla del lago Kivu. Las infraestructuras sanitarias son uno de los blancos preferentes en las comunidades en guerra.

Se destruyen centros de salud y hospitales. Faltan medicinas; en el mercado negro alcanzan precios desorbitados. El personal sanitario es reclutado o huye para no caer en manos del enemigo. La asistencia a las víctimas se convierte en un milagro cotidiano que se presta con más voluntad que medios.



LA CRUZ
Tanzania 1995

MIGUEL BERROCAL

Un niño acarrea leña, imprescindible para cocinar alimentos, camino del campo de refugiados de Benaca, en la frontera entre Tanzania y Ruanda, que acogió a los refugiados ruandeses tras el conflicto de 1994 que arrasó su país de origen. Los niños, forzados a vivir en condiciones de suciedad y privación, corren altos riesgos de salud y son afectados a menudo por enfermedades como el beri-beri, la pelagra, el escorbuto y el cólera.



VIVIR ES BEBER
Burundi 1995

MIGUEL BERROCAL

Los niños participaban activamente en el conflicto de Ruanda: casi 5.000 llegaron a enrolarse con las milicias, en su mayoría portando armas y munición, buscando leña, cocinando y lavando. Cuando muchos de ellos tuvieron que huir a los campos de refugiados en los vecinos países de Congo, Tanzania y Burundi, siguieron desempeñando tareas similares. Gran parte del tiempo pasaron buscando agua, siempre escasa, para sus familias o los militares a los que servían. Este niño hutu ruandés vive en el campo de Magara, en Burundi.

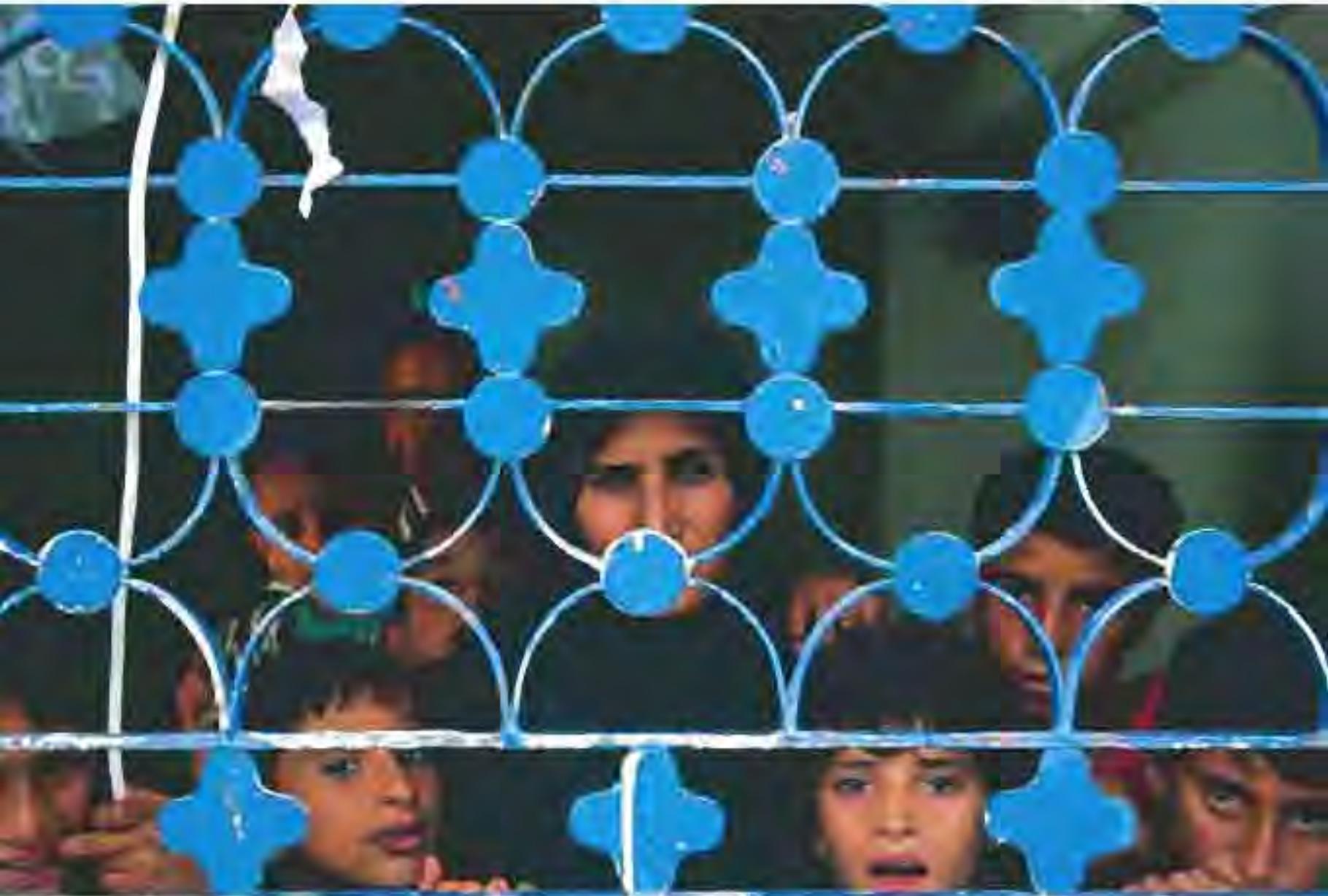


REFUGIADOS DE TERCERA

Palestina 2001

RAFAEL MARCHANTE

Gaza es el mayor campo de refugiados del mundo o, quizás, la mayor prisión del mundo. Esta franja de 40 por 10 kilómetros encajada entre el sur de Israel y el Mediterráneo y rodeada por alambradas –Israel no permite que nadie salga ni entre– alberga a un millón de personas. Algunas son originarias del lugar; la mayoría se refugió allí en 1948, cuando la creación del Estado de Israel las expulsó de sus tierras. Viven hacinados; los niños, refugiados de tercera generación –en la foto, una familia del campo de refugiados de Yebailía en Gaza– apenas tienen espacio para jugar. La imagen forma parte de una campaña de sensibilización de la fundación española Solidaridad Internacional.



NIÑOS DE LA ARENA

Argelia 1995

JOSÉ LUIS CUESTA

Niños saharauis nacidos en Tinduf, en el Sáhara argelino. Nunca han pisado su tierra, el Sáhara Occidental del que sus padres huyeron en 1975, tras la invasión marroquí. Han nacido en Argelia y sobreviven en los campos de refugiados gracias a la ayuda internacional, mientras esperan que las potencias del mundo negocien un acuerdo que les permita volver libremente a su tierra. Son niños de la arena.



“TÚ YA NO PUEDES PROTEGERME”

ÁNGEL PETISME

Salían de las calles estrechas del casco antiguo de Nablús mientras los rostros de papel de los *mártires* de su misma edad se iluminaban con los primeros neones mortecinos del anochecer. Un grupo de nueve o diez se aferraban a las perneras de mi pantalón, buscando ver, ansiando ver en la pantalla de mi cámara de vídeo otra ciudad, no el espejismo que ellos a diario contemplaban: las ruinas, la plaza del ayuntamiento arrasada por el fuego de los F-18 y los helicópteros durante la segunda Intifada. Como si los ojos del extranjero fueran inmunes a tanta anonadación.

Dormían mientras las excavadoras y los tanques arramblaban con todo de madrugada. Madrugada de niños que no vieron la nieve. Niños sin maná que me remiten a aquel de África, famélico y agonizante, acechado por un buitre a escasos metros, en aquella fotografía que dio la vuelta al mundo. Mundo del centro de los negocios. Negocio de buitres y helicópteros Apache que nunca declararán la guerra al único enemigo que muerde de sombras las esquinas del mundo. Cinco millones de criaturas párvulas mueren cada año de hambre. Enfermedad del olvido. Plaga del siglo XXI a la velocidad del pensamiento. ADSL de la amnesia.

Salían de una escuela de Belén y en vez de la *play station* que jamás tuvieron, y pese a la prohibición de sus padres, se iban a jugar a la guerra con otro enemigo implacable y nada virtual. Salían de la nada, parecía un espectáculo preparado para turistas. Doblamos una calle de Belén y un grupo de sesenta o setenta niños, pertrechados con ondas manufacturadas con los cordones y la parte trasera de una vieja zapatilla deportiva, lanzaban piedras contra la Tumba del Raquel controlada por el ejército de Sharon. Desde la torre un soldado aburrido disparaba a ratos contra los niños mientras el extranjero, entre dos fuegos, filmaba y agachaba la cabeza como los avestruces. A los diez años han perdido el miedo a los tanques. Niños envejecidos por la desesperanza que lanzan reproches como piedras contra sus padres: "Tú ya no puedes protegerme". Piedras amargas de invencible tristeza contra tormentas de misiles bautizadas por algún mórbido poetastro: Operación Arco Iris sobre las nubes, Hierro naranja...

Infancia de Palestina, pájaros en cables de alta tensión. Traumatizados; con el miedo silbando entre los juncos de sus corazones. Pasarán meses, años para que puedan superar este descenso abrupto a las realid(H)ades, este episodio tóxico que les tocó por Vida. No hay sicólogos suficientes ni tiempo para escuchar. No hay alegría ni cortinas para cubrir los ojos de todos estos niños maquillados de angustia. Enfermarán de óxido y fiebre de tristeza en el tobogán de su memoria repetida. Quizás si sobreviven, y de tanto llamarlos terroristas tras ser víctimas de tamaña insolencia, se conviertan en bombas o verdugos crueles. ¿Quién lo sabe?

Palestina en el tiempo de las preguntas aplastadas. Apenas amanece sobre su piel de olivo, un cielo cenagoso de silencios y toques de queda cubre esta tierra sellada por un Muro de hormigón y alambradas que avanza 317 metros cuadrados al día.

Los verdugos tienen cara de miedo, escribió Jean Paul Sartre. Sus víctimas también. Sólo les diferencia el nivel de dignidad, el peso de las sonrisas de los hijos de Palestina cuando dicen adiós, frente al pánico de aquellos que saben que han ocupado, por la fuerza, la casa de su mejor vecino.

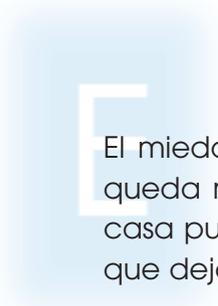
INFANCIA EN RUINAS



El derecho a un hogar –inviolable, sin injerencias arbitrarias, capaz de proteger la intimidad de quienes lo habitan– está recogido en el artículo 16 de la Convención sobre los Derechos del Niño. No es algo marginal: para la psicología infantil, el derrumbe de las paredes del hogar equivale a la destrucción de todo un mundo. Y se han destruido muchos mundos durante la última década: 12 millones de niños se han quedado sin hogar. Pero los muros de la casa dejan de proteger a los niños aun cuando no sufren el impacto de ningún misil.

El padre y los hermanos mayores son muchas veces los primeros en desaparecer de la vida cotidiana: porque se les obliga a luchar en el frente, porque son asesinados como represalia o encarcelados como sospechosos. De hecho, más de un millón de niños y niñas han quedado huérfanos o se han visto separados de sus progenitores durante la última década. En Luanda, la capital de Angola, el 20 por ciento de los niños estuvo aislado de sus padres o familiares en algún momento de la guerra civil que asoló este país africano.

Sin la presencia de estas personas, garantes de un mundo seguro, los niños y niñas se sienten repentinamente vulnerables y expuestos a la muerte. Sobre todo cuando estos familiares son detenidos –o incluso asesinados– durante una incursión militar en las casas civiles con el pretexto de buscar a guerrilleros. Ambos casos ocurren con frecuencia en Irak y Palestina. En muchos conflictos africanos y latinoamericanos, las familias pueden sufrir incluso dos visitas seguidas: una del ejército gubernamental, la otra de la guerrilla; y frecuentemente usan métodos muy similares para amedrentar a las personas que no pertenecen a ninguno de los dos bandos.



El miedo a las bombas, a una especie de apocalipsis que nadie puede controlar, se queda marcado para siempre en la psique infantil. Reconocer que ni los padres ni la casa pueden protegerlos contra la arbitrariedad de los fusiles es un choque emocional que deja profundas heridas en el niño y destroza su confianza en el futuro.

El ataque al hogar es parte de una estrategia de guerra en Palestina, donde las palas excavadoras israelíes se convierten en eficaces sustitutos de los tanques. Derribar una casa forma parte de las frecuentes operaciones de castigo que, lejos de servir a alguna necesidad militar, no tienen otro objetivo que el que su nombre indica. Dado que es imposible castigar al responsable de un atentado suicida, se destruye el hogar de sus padres o hermanos avisándoles con una mínima antelación para que no puedan salvar más que lo puesto. En un sólo momento, los niños se ven frente a un mundo en ruinas.



Es en este mundo en ruinas en el que los niños deben aprender a valerse por si mismos. Cuando no han perdido a toda su familia tienen la responsabilidad de alimentar a sus madres y hermanos menores. En muchos casos deben ofrecer sus servicios a las mismas tropas que han matado o encarcelado a sus padres. Los niños limpiabotas de Irak se apuestan frente a los hoteles en los que se albergan los oficiales estadounidenses: es allí donde tienen mayor posibilidad de conseguir algo de dinero. Las guerras provocan siempre un gran aumento del trabajo infantil, tanto entre niños como entre niñas. Cuando faltan los mayores, cualquier oficio, por duro o peligroso que sea, se convierte en fuente de ingreso para los adolescentes. Rebuscan ladrillos entre las ruinas a partir de los cinco o seis años de edad, conducen grúas a los doce, venden gasolina en el mercado negro, aunque saben que pueden ir a la cárcel por hacerlo. Los más pequeños mendigan, a solas o acompañados por su madre.

101

En algunos países, la prostitución de las niñas se ha convertido en una fuente de ingresos. Como han mostrado muchos ejemplos desde Uganda hasta los Balcanes, frecuentemente son incluso las tropas pacificadoras, téoricamente garantes de la paz, quienes más a fondo están involucradas en el negocio de la prostitución: la miseria provocada por una guerra rompe los esquemas de valores y destruye la cohesión social. Cuando se instaura la paz, puede haber colectivos de jóvenes que son estigmatizadas como "traidoras" o "amorales" y no tienen forma de volver a integrarse en la sociedad. En algunos países, incluso ser violada se considera una vergüenza para la víctima y para toda su familia. La posguerra es, a veces, más dura que la guerra.

JUGUETES DE MUERTE

ROSA REGÀS

"Date prisa y no te distraigas, a ver si acabas de recoger las hojas del patio", dice la abuela a su nieto, "de lo contrario cuando esté limpio yo ya estaré haciendo malvas".

Ian tiene seis años. Es listo y le gusta ayudar a su abuela a recoger las hojas, pero se entretiene mirando los dragones que asoman entre las hiedras de la pared. Se detiene un instante y mira a la abuela:

"¿Qué quiere decir 'hacer malvas'?"

"Quiere decir que si no te das prisa cuando acabes yo ya me habré muerto".

No es un niño reflexivo pero se queda pensando un rato, las manos agarrando el rastrillo, los ojos perdidos en un punto ilocalizable.

"Si no te importa" dice al poco, "hay cosas desagradables de las que preferiría que no habláramos".

La abuela se queda perpleja. "¿Por qué no podemos hablar de la muerte?", le pregunta, "es una parte de la vida".

"A lo mejor sí, pero es la parte más triste" replica el niño que hace muy poco, con la muerte de su bisabuela, ha asistido por primera vez a una muerte cercana.

"No siempre es triste. No es triste cuando vivimos una vida entera amando y siendo amados, jugando, estudiando, divirtiéndonos, ayudando a los demás, trabajando en lo que nos gusta y luchando por lo que creemos mientras vamos creciendo y nos vamos haciendo mayores, y cuando nos fallan las fuerzas, morimos en paz dejando atrás una vida plena. Así es como dejamos paso a los que, como tú, están creciendo. Si todos viviéramos para siempre no habría lugar en el mundo para tanta gente, ni trabajo ni comida, ni agua, ni nada: sería el caos."

"¿Te refieres a que lo que no tiene sentido es morir cuando todavía no se ha podido hacer nada, como si yo muriera en la guerra, sin tiempo de demostrar lo que ahora quiero ser? ¿Como los niños que mueren por las bombas que echan en su pueblo, en su ciudad, destruyen su casa y su escuela. O como los que obligan a ir a matar a los otros niños?"

Ian conoce los horrores de la guerra que le han contado sus padres los días que fue con ellos a las manifestaciones contra la guerra en Irak.

"Eso mismo quiero decir, responde la abuela. Éste es el peor crimen de la Humanidad, matar niños, matar hombres, obligarlos a matar, acostumbrarlos a la idea de que si no matan los matarán. O enseñarles que su inútil muerte era necesaria para la patria, la patria del enemigo, del que ataca. Educación en la muerte, vida en la muerte."

"¿Es por esto que no quieres que juguemos con pistolas, aunque las hayamos hecho con trozos de madera?"

"Por esto es, porque si haces el gesto de matar para jugar, algún día no te parecerá grave hacerlo para matar de verdad."

En el aire queda flotando el compromiso que la vida nos reclama. Ian retoma su rastrillo y pensativo lo balancea arrastrando las hojas.

"Es lo único que podemos hacer" dice la abuela traduciendo el mensaje que mece el viento, "luchar para evitar las guerras, y vosotros, los niños, por el respeto a tantos niños como mueren cada día y para que un día no seáis también vosotros asesinos de niños, dejar de jugar con armas. Se comienza jugando y se acaba matando".

No se ha puesto aún el sol cuando el patio ha quedado desierto e impoluto.

La abuela no está haciendo malvas aún, pero a esta misma hora en todo el mundo el traqueteo de las armas mortíferas deja el suelo bañado en lágrimas y sangre de niños que nada tienen que ver con el odio y la codicia de los mayores.

BOMBARDEO

Sarajevo (Bosnia) 1992

Dos niños observan, desde su casa, uno de los mil y un bombardeos que soportó Sarajevo durante su asedio. La capital bosnia, donde durante siglos coexistieron diferentes comunidades religiosas, se convirtió en un infierno del que era imposible escapar. La ciudad, situada en una hondonada, fue martilleada sin descanso por la artillería serbia emboscada en las colinas, mientras la comunidad internacional se mostraba incapaz de resolver el conflicto por vías diplomáticas.



DESOLACIÓN

Angola 1989

106

ÁNGEL COLINA

Entre 1980 y 1988, Angola perdió a 330.000 niños por causas relacionadas con la guerra que enfrentó al gobierno, de signo socialista, con la guerrilla derechista UNITA, que fue apoyada por Estados Unidos. En la fotografía, un niño posa ante su casa, destrozada por la guerra, en Luanda, la capital de Angola, donde uno de cada cinco niños llegó a estar separado de sus padres o familiares en un momento u otro del conflicto. Pese a que se firmaron varios acuerdos en los años 90, la paz no llegó a este inmenso país africano hasta 2002.



LA TUMBA DE PAPÁ

Sarajevo (Bosnia) 1992

108

CORINNE DUFKA/REUTERS

Un niño de Sarajevo acude a la tumba de su padre, al que vio morir en el mismo ataque de morteros que a él le arrancó una pierna. Las familias sólo podían visitar a sus muertos los días de neblina, ya que en los despejados, los francotiradores serbios disparaban sobre el cementerio.

Una niña bosnia de 12 años apuntó en un libro de Unicef: "Sarajevo está bañada en sangre y las tumbas surgen por todas partes. Nunca permitan que esto les pase a ustedes o a gente de cualquier otro lugar".



MENDIGO
Afganistán 2002

110

ALEJANDRO CARRA

La guerra civil de Afganistán, iniciada con la invasión soviética de Kabul en la Nochebuena de 1979, duró 25 años y quizás aún no haya terminado. Ninguna victoria de los bandos en conflicto trajo el bienestar para la población: todas la dejaron aún más pobre que antes. En la foto, un niño de corta edad mendiga en las calles de Kabul. Demasiado débil para pedir limosna, espera que los transeúntes la dejen caer a su lado.



MI MADRE PIDE LIMOSNA

Irak 2004

MARIANO AGUDO

La ocupación de Irak iba a traer la democracia y el bienestar al pueblo. En realidad, las tropas estadounidenses vulneraban los derechos humanos aún más de lo que lo había hecho el gobierno de Sadam Husein y la pobreza aumentó de forma dramática. Los precios del gas y petróleo se multiplicaron. Ninguna familia recibió compensaciones por los daños sufridos durante la guerra. Esta madre de familia pide limosna, acompañada de una hija suya, bajo la alambrada que rodea el hotel Palestina, frecuentado por hombres de negocios estadounidenses y europeos.



ESCOMBROS

Irak 2004

114

MARIANO AGUDO

Un niño irakí posa ante las ruinas de lo que fue el Club del Batallón de Defensa Antiaérea en Bagdad, destrozado por la aviación estadounidense. Hoy, sus ruinas son hogar para centenares de familias irakíes que perdieron sus casas durante los bombardeos y no pueden pagar el alquiler de un piso.

El niño de la foto suele trabajar junto a sus hermanos sacando ladrillos de entre los escombros para venderlos luego. Las ruinas les dan de comer.



UNA NIÑA VESTIDA DE AZUL

FRAN SEVILLA

Habrá que repetirlo una y otra vez: la guerra es el horror descarnado, puro y duro, sin paliativos. Un monstruo mutante que ha evolucionado hacia la creciente barbarie a lo largo del siglo XX, trastocando la correlación de víctimas. Mientras al principio de ese ¿civilizado? siglo quienes morían mayoritariamente en las guerras eran los hombres de armas, los combatientes, a la vuelta de cien años la mayoría de las víctimas son civiles, no combatientes, hombres, mujeres y niños arrastrados por el ojo del huracán, acosados por el hálito de la cabalgadura de un brutal jinete del Apocalipsis.

Todos sufren, todos mueren. Pero en una inservible y absurda estadística de la angustia son los niños quienes siempre le dejan a uno más impotente, más cansado de ver y de vivir para verlo. Los niños palestinos tiroteados salvajemente por las fuerzas israelíes, intentando refugiarse tras la espalda desvalida de su padre, acorralados por los tanques; los niños víctimas de las bombas de terroristas suicidas, en autobuses o trenes; los niños de la escuela de Beslan, despavoridos y aterrados; los niños de Mostar desafiando a los morteros y a los francotiradores; los niños que juegan con bombas de racimo o con minas, en Camboya, en Afganistán, en tantos sitios, para quedar reventados, desmembrados, mutilados, en un abrir y cerrar de ojos; los niños que ven a sus padres y madres humillados, vejados, asesinados, aprendiendo desde su corta edad la maldad, el odio, el miedo, en todas, todas las guerras.

Porque hay algo común a todas las guerras: la barbarie, el horror, y el sufrimiento de los niños. Siempre hay, en todas las guerras, un detalle, un momento, una angustia que queda grabada para siempre. Al menos a mí me pasa. Durante la invasión de Irak lo viví en el hospital de pediatría de Bagdad. Como no había luz y no funcionaban las cámaras frigoríficas los cadáveres se pudrían. El jardín del hospital se convirtió en un improvisado camposanto en el que se enterraban a los muertos sin identificar. Se ponía al pie de la tumba un botecito con algunos rasgos distintivos: sexo, edad aproximada, vestimenta... Los familiares que buscaban a sus seres queridos leían esa descripción y si coincidía con la persona buscada desenterraban el cadáver. En ocasiones no era ese familiar desaparecido y el cadáver era enterrado de nuevo, en medio del nauseabundo olor de la muerte y de los enjambres de moscas que buscaban darse un festín.

Allí había un pequeño túmulo, de apenas un metro de longitud. En el botecito decía: niña, de dos a tres años, llevaba un vestido azul. El mundo se vino abajo y se licuó en los ojos del, así llamado, corresponsal de Guerra que no supo donde encajar aquel dolor inesperado. Tardé un año en atreverme a volver al hospital de Pediatría de Bagdad, para comprobar entonces que aquel túmulo, como las otras tumbas, estaba vacío, cubierto por las malas hierbas. Y que nadie sabría decirme nunca si aquella niña vestida de azul fue encontrada por alguien, si es que alguien la buscaba, o terminó en una de tantas fosas comunes donde reposan las víctimas sin nombre.

ENSEÑAR LA PAZ

Sólo hay una cosa más sorprendente que la capacidad del ser humano para destruir la propia especie. Es la capacidad de regenerarse y superar los conflictos.

Se dice que las heridas provocadas por una guerra civil necesitan un siglo para cicatrizar. Desde luego, la reconciliación será más difícil si los bandos en conflicto se han servido de pretextos étnicos o religiosos para defender sus posturas. Y será aún más complicada si, una vez terminados los enfrentamientos, surjan partidos o líderes que continúen utilizando estas referencias para asentar su poder. El fraccionamiento de los Balcanes en entidades cada vez más pequeñas que dividen el territorio según la religión y elevan esta circunstancia a señal de identidad nacional es un buen ejemplo de esta eternización de las divisiones.

Europa podría haber aprendido de Oriente Próximo. Líbano sufrió durante 16 años una cruenta guerra civil con varios bandos implicados: cristianos, sunitas, chiitas, drusos, palestinos... y con niños de quince años armados hasta los dientes. Tras firmar la paz en 1986, el gobierno tomó un paso sencillo pero significativo: eliminó la referencia a la religión en el carné de identidad libanés. Hoy, entre los muchos problemas de este pequeño estado mediterráneo, no se encuentra la venganza de familias o clanes antaño enfrentados.

120

Porque aprender la paz es posible. Basta con dar una oportunidad a la convivencia, a la tolerancia. Para ello es fundamental trabajar con los niños y niñas para que superen los múltiples traumas causados por la guerra. El primer paso es enseñarles que pueden volver a reír. La risa debería considerarse patrimonio de la humanidad y ser fomentada como tal, según apunta, con una sonrisa, la organización Payasos sin Fronteras. De hecho, reírse significa a menudo volver a ser un niño para quienes han sido convertidos, a fuerza de las armas o del hambre, en adultos de diez años. De ahí que las narices postizas, las caras pintadas y las bromas visuales –aun cuando el payaso y el público no comparten ningún idioma– sean los mejores antídotos contra la guerra.

El segundo paso es volver a jugar, expresar los traumas y exteriorizarlos de forma artística. En Irak, pequeños grupos de voluntarios han creado un taller de niños donde se dibuja, se baila y se crean obras de teatro bajo las difíciles condiciones de la posguerra. Pero escribir un drama, repartir los papeles, diseñar el escenario, elaborar la decoración, aportar la música y la iluminación... es uno de los mejores métodos para reintegrar a los más jóvenes en su propia sociedad, recuperar su autoestima, allanar de nuevo las vías de comunicación con los demás que cortó la guerra.

Más difícil es la situación cuando el conflicto ha enfrentado a dos o más colectivos étnicos o religiosos como ocurrió en los Balcanes o Irlanda del Norte. Aquí es fundamental mezclar a los niños y niñas, sacarlos del aislamiento que supone una ideología excluyente, conseguir que jueguen juntos. En estos talleres se usan mucho los juegos de roles: llevan a que los más pequeños comparten experiencias y formen grupos según el reparto de papeles y no según el color de su piel, su religión o su condición social.



Un capítulo especialmente difícil es la rehabilitación de ex niños soldados, ya que no siempre son identificados claramente como combatientes por parte de los grupos armados que los reclutaron, de forma que no reciben la ayuda a la que tienen derecho los soldados desmovilizados tras la firma de un tratado de paz. Mayor riesgo aún corren las niñas, sobre todo cuando han sido utilizadas para labores de apoyo del ejército o como esclavas sexuales: según algunas estimaciones, la guerrilla angoleña UNITA había abducido hasta 30.000 mujeres y niñas, que hoy, tras la reconciliación nacional, no reciben ayudas como ex soldadas. Algo similar ocurre en otros países africanos como Ruanda, Liberia o Sierra Leona, donde también se está intentando desmovilizar a los menores de edad. Algunos proyectos consisten en realizar obras comunitarias en las aldeas y hacer participar en los trabajos a los ex niños soldados. De esta forma vuelven a integrarse en la comunidad, aprenden oficios y recuperan un medio de vida.

Cuando no hay medios para iniciar talleres de rehabilitación, el arte puede obrar milagros. Basta con entregar a un niño irakí un folio blanco y lápices de colores para que vuelque sus traumas, sus pesadillas y sus miedos en forma de tanques, cazabombarderos y cadáveres. Pintarlos es una forma de librarse de ellos, de no seguir sujeto a los dictados de la venganza. Los niños y las niñas que superan estos traumas abandonan la rueda de la violencia que engendra más violencia. Porque –como dice el joven irakí Rifat– si los niños se olvidan de que la guerra pueda existir, el mundo estará en paz.

HABLA UN SOLDADO ISRAELÍ

JUAN JOSÉ TÉLLEZ

A mí me han dicho que dispare. Que si los veo venir, que me los cargue. Que todo bicho viviente es un peligro, cuando hay toque de queda o entramos en territorio comanche. Que los mate, o que los detenga y los encierre en una de esas mazmorras a donde casi nunca llega el Estado de Derecho. Lo mismo da que paseen por la vera de la Mukata que transiten por la polvareda que lleva al campo de refugiados de Al Buriej en la Franja de Gaza.

Son un peligro, me ha dicho el sargento Singer, cuyos padres vinieron en el barco "Exodus" allá por el 47. No te dejes guiar por las apariencias, me cuenta, allá abajo, en la cabina del carro de combate, oliendo a hierro, a sudor y a rabia. El bueno del sargento Singer siempre habla del pasado, porque quizá aquí a nadie nos quede ya demasiado futuro. De la guerra de los seis días, habla y no para, sin ir más lejos, y entonces yo le digo, ¿qué seis días ni seis días? Esto va a ser la guerra de los cien años.

Ahí viene otro, ahí lo veo. Se parece mucho a Imad Arajourdi, o a Mohammad Erweda, o a Mohammad Abu Samardeneh, con los que logramos acabar en el mes de abril: sus parientes dijeron que intentaban entrar a Israel a buscar trabajo, pero seguro-seguro que estaban poniendo minas en la carretera que lleva al asentamiento de Netzarim.

123

No hay que fiarse ni de nuestra sombra. Si usted ve por ejemplo a esa criatura que se acerca al blindado, ¿nueve, diez, quizás once años? Si usted mira su pelo negro y los rizos ondeando al viento, puede que no se percate de sus oscuras intenciones, de la venganza que habrá jurado por la muerte de un hermano, del odio que el yihad impone a los musulmanes, de la revancha que reclama por una tierra llamada Palestina que él no ha conocido como suya. Si usted sólo se fija en sus ojos pretendidamente inocentes, estará perdido: seguro que oculta en sus bolsillos un arma poderosa. Y nuestra orden es la de matarlo, antes de que apunte hacia nosotros con su terrible tirachinas.

Póngame otra copa, camarero. A la salud del sargento Singer y de Ariel Sharon. Desde la segunda intifada, ya hemos acabado casi con seiscientos terroristas como éstos.

Como esos niños, quiero decir.

GRACIAS POR LA PAZ

El Salvador 1992

La fotografía muestra a un niño salvadoreño que sobresale de entre los manifestantes que celebraban la firma de la paz en San Salvador en 1992. Partidos del gobierno y de la guerrilla se integraron en una democracia. Hoy, 12 años después, el partido conservador sigue ostentando el poder central pero el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), la antigua guerrilla de ideología socialista, gobierna en la mayoría de las alcaldías del país.



NO QUEREMOS LA GUERRA

Irak 2003

JOSÉ LUIS CUESTA

Niñas y niños de un colegio de Bagdad —en Irak, la mayoría de las escuelas eran mixtas antes de la invasión estadounidense— se manifiestan a favor de la paz junto a sus profesoras. Semanas más tarde, la guerra que ellos rechazan será impuesta a su país por una superpotencia extranjera no dispuesta a las negociaciones. Pero prefieren enfrentarse a ella con pancartas en lugar de exhibir algún tipo de armas. Saben que en la guerra, nadie vence.



VOLVER A JUGAR

Líbano 1999

128

JORGE ZAPATA

Palestina alberga a tres millones de habitantes. Otros cuatro millones son refugiados, muchos de ellos desde hace más de medio siglo. En Líbano viven 300.000 palestinos, hacinados en campos de refugiados. Los niños sufren bajo rendimiento escolar, depresiones, apatía, también violencia física y psicológica. Ni ellos ni sus familias saben cuál va a ser su futuro. Los campamentos de verano de Save the Children –en la foto, un taller de juegos en Aramon, cerca de Beirut –les ayudan a recuperar la autoestima, a relacionarse con los demás y a tener confianza en el mundo que los rodea.



LA RISA
Irak 2003

130

KIM MANRESA

La risa debería ser patrimonio de la humanidad, según afirma la organización Payasos sin Fronteras. En la foto, un grupo de niños y niñas irakíes se divierte con el espectáculo de los payasos de la citada asociación, cuyo cometido consiste en llevar la risa a los lugares donde más escasea.

Estos breves momentos de felicidad pueden ser el primer paso para superar los traumas e iniciar una nueva vida después de la guerra.



EL BESO
Palestina 2001

132

KIM MANRESA

La guerra es violencia. La paz es ternura. La ternura que expresa la niña palestina de la foto: agradece con un beso a un actor de la organización española Payasos sin Fronteras su esfuerzo por traer un cargamento de diversión y risas a la dura realidad cotidiana de las calles de Ramalá.

Para las niñas y niños criados en un ámbito de continua violencia, volver a reírse significa reconocer que el mundo puede ser diferente, y que es posible creer de nuevo en el futuro.



Save the Children

Save the Children es una Organización No Gubernamental (ONG) para la defensa y promoción de los derechos de la infancia en el marco de la Convención sobre los Derechos del Niño de Naciones Unidas. En nuestro país inició su actividad en 1990 bajo la denominación de FUNCOE (Fundación Cooperación y Educación). Desde mayo de 1998, es miembro de la Alianza Internacional Save the Children, la primera ONG de infancia, creada en 1919 en Londres.

Save the Children es una institución privada sin ánimo de lucro, plural e independiente desde el punto de vista político y religioso. Su objetivo fundamental es la defensa activa de los intereses de los niños y niñas y particularmente de los más vulnerables y desfavorecidos.

- Trabaja para que los valores de la solidaridad y la tolerancia arraiguen en miles de alumnos.
- Coordina un proyecto de atención socioeducativa domiciliaria a niños y niñas enfermos.
- Ofrece actividades de formación para la prevención de los abusos sexuales a menores.
- Apoya la realización de actividades de ocio para niños y niñas de zonas desfavorecidas.
- Realiza proyectos de desarrollo centrados en la infancia de Latinoamérica y Marruecos.
- Desarrolla campañas de información y denuncia para garantizar los derechos de la infancia.

Save the Children trabaja por:

- Un mundo que respete y valore a todos los niños y niñas.
- Un mundo que escuche a los niños y aprenda de ellos.
- Un mundo donde todos los niños y niñas tengan esperanza y oportunidades.

Save the Children
Plaza de Puerto Rubio, 28
28053 Madrid
Tfno: 91 513 05 00
Fax: 91 552 32 72
E-mail: stch@savethechildren.es
Web: www.savethechildren.es

